
*Participación social y política de los jóvenes en países de la Unión Europea**

◀ René Bendit**

1. Introducción: infancia y juventud en la sociedad postindustrial

Crecer en una sociedad posindustrial europea, por ejemplo en Francia, Gran Bretaña, la República Federal de Alemania o España, significa para niños y jóvenes, crecer en una sociedad caracterizada por el cambio constante, por la modernización tecnológica y social y por el desarrollo avanzado hacia una sociedad de servicios. Entre las consecuencias más estudiadas de estos cambios se encuentran aquellos procesos de cambio social de valores expresados en los conceptos de “pluralización” o “diferenciación social” y de “individualización” de las formas de vida. En el contexto de contradictorios procesos de globalización, regionalización y dualización social que marcan el carácter de muchas de las sociedades posmodernas, son éstas las categorías centrales que permiten hacer comprensible el cuadro en el cual los niños y adolescentes de hoy se enfrentan tanto a las demandas de integración social que dichas sociedades les plantean (en los planos escolar, de formación profesional y laboral) como en relación a las posibilidades de participación en contextos sociales, comunitarios y ciudadanos.

* Ponencia presentada durante la Reunión del Grupo de Trabajo “Juventud” CLACSO (Bs. As. 14-17.12. 1999)

** René Bendit es licenciado en Psicología, Universidad Nacional de Chile y Universidad Ludwig Maximilian de Munich. Maestría en Sociología en FLACSO (Chile). Dr. Phil (PHD) de la Universidad de Kassel, Alemania. Actualmente se desempeña como responsable de la Oficina de Cooperación Bi y Multilateral con los países de la Unión Europea, del Oeste Europeo y América Latina. Es corresponsal nacional (representante del Ministerio Federal de la Juventud y del DJJ) en el Centro Europeo de Investigación y Documentación del Consejo Europeo. Es miembro fundador de EGRIS, Sociedad Europea para la Investigación Social Regional e Internacional, en cuyo marco desarrolla varios proyectos de investigación.

Dado el hecho de que en este trabajo circunscribimos nuestro foco de interés al grupo etáreo entre 12 y 18 años, nos permitiremos centrar nuestro análisis fundamentalmente en procesos de participación social y cultural, tocando sólo de manera secundaria la dimensión política del fenómeno participativo, dimensión que interesa más estudiar en relación a los “postadolescentes” o “adultos jóvenes”, es decir los que legalmente tienen ya derecho a participar en aquellos aspectos de la política formal vinculados a la democracia representativa.

1.1. Pluralización y diferenciación social

El concepto de “pluralización” (al igual que el de “modernización”) tiende a centrarse en los aspectos positivos del cambio estructural y social y a apartar la vista de los aspectos sombríos de estos procesos de cambio, a saber, el hecho de que, además de ganadores, también hay perdedores en ellos. Ambos conceptos, pluralización y diferenciación, apuntan a supuestos cambios significativos en la influencia de las variables clásicas de discriminación social y de distribución de oportunidades de vida, como el estrato o la clase social de origen y de pertenencia, para centrarse ahora más en factores como la “región”, el género, el “capital social” y “cultural” y los “estilos de vida”. La tesis central es que en la sociedad postindustrial o posmoderna, las diferencias clásicas van desapareciendo para dar lugar a una pluralidad de condiciones y estilos de vida que ya no dependen sola o fundamentalmente de los recursos y oportunidades existentes en el entorno vital sino que además son producto de la capacidad de los sujetos de “apropiarse” y utilizar dichos recursos en provecho de su propio desarrollo.

Con el concepto de “diferenciación social”, se delimitan las circunstancias características de una sociedad en la que continúan existiendo diversas formas de desigualdad. Ello se manifiesta en las desventajas fundamentadas, por ejemplo, en el origen étnico de los individuos; en las diferencias en la trayectoria escolar de los niños, establecidas con arreglo a la clase social a que pertenecen los padres; en el porcentaje de niños de la clase obrera y de mujeres que estudia en las universidades; en las profesiones en las que desembocan los hijos de obreros; en la baja remuneración de las profesiones dedicadas a la prestación de servicios en el sector social, que mayormente son ejercidas por mujeres; así como, finalmente, en las disparidades regionales, tales como se manifiestan actualmente en Alemania, y de forma agravante, entre los Länder del este (nuevos estados federados) y los del oeste.

La diferenciación social excluyente acarrea consigo que también tenga lugar una marginación de las minorías. Sobre todo la dinámica del desarrollo del mercado laboral demuestra que las oportunidades de hacer carrera profesional están dadas para unos: los capaces de un alto rendimiento; los sanos, con buenas condiciones de arranque; los móviles y flexibles, de un lado; mientras que, en el otro

lado, se van produciendo las víctimas del proceso de selección social. Este riesgo de caer en posiciones sociales marginadas, lo corren todos aquellos que no tuvieron la posibilidad de desarrollar el tipo de competencias que son necesarias para poder orientarse en un mundo que se ha hecho más complicado.

1.2. Individualización

El concepto de “individualización” (Beck, 1986; 1988) se refiere a la remittente fuerza normativa de los contextos e instituciones sociales y de las tradiciones culturales dentro del largo proceso de desarrollo de la sociedad. Paralelamente a la progresiva racionalidad planificadora, la organización científica y el control computarizado en la industria, en el comercio y en el sector de servicios van siendo puestas en tela de juicio algunas evidencias de los antiguos “mundos de la vida” así como los tradicionales esquemas de desarrollo biográfico. Con tal “des-tradicionalización” de las formas de vida aumentan también para el individuo las posibilidades de poder planear y configurar su vida independientemente. Ya no es tanto el medio ambiente social lo que marca el estilo de vida que alguien considera apropiado para sí mismo, sino más bien la decisión individual a favor de una vía de formación, una profesión, una forma de habitar, de consumir, etc. Valores como la “autorealización”, la “autonomía” y la “competencia en la acción” (*Handlungskompetenz*) desplazan a valores tradicionales como la “disciplina”, el “respeto a los mayores”, la participación organizada, etc. Sobre la base de una serie de necesidades básicas ya satisfechas, la búsqueda de calidad en lo referente a la educación, el trabajo y las relaciones interpersonales así como en el consumo, va desplazando a la cantidad.

La individualización plantea especialmente a los adolescentes severas exigencias respecto a sus propias competencias. Abrumadora precisamente para los menores de edad y los adultos jóvenes viene a ser, en este caso, la nueva forma de responsabilidad que deben asumir por sus éxitos o fracasos, dado que de ellos se espera, ya al comienzo de su trayectoria biográfica, que vayan allanando el camino a través de decisiones cargadas de consecuencias que influenciarán en el futuro sus vidas. Fases del desarrollo biográfico que antes estaban sometidas a una relativa determinación social, se transforman en secuencias de decisiones controladas por el individuo mismo. Decisiones de esta naturaleza se plantean en relación al tipo de escuela a seguir, la elección de la carrera profesional deseada, el lugar de trabajo, la búsqueda de vivienda, la búsqueda de pareja y el estilo de vida y las formas de participación social y ciudadana. Es justamente por ello que, en la medida en que van aumentando las libertades derivadas de los procesos de individualización en el conjunto de la sociedad, la generación venidera se ve especialmente confrontada con un número cada vez mayor de riesgos. Es por ello que algunos autores caracterizan a la sociedad postmoderna como una “sociedad de riesgo” (Beck, 1986; Keupp, 1991). Los jóvenes se ven necesitados del apoyo

adecuado de los mayores y de las instituciones, pero en decisiones cruciales para su vida dependen más que nada de las propias competencias y de las de sus congéneres, igualmente afectados que ellos, para lograr establecer un balance constructivo.

2. Cambios de valores y educativos: consecuencias sobre la prosocialidad y la disposición a participar

En las secciones anteriores analizábamos el impacto que la modernización económico-tecnológica así como el cambio social ejercían sobre las condiciones y formas de vida de las nuevas generaciones en la sociedad posmoderna. Un aspecto relevante de estas transformaciones son aquellos cambios de valores en la sociedad en su conjunto, que se traducen, a su vez, tanto en cambios en los estilos educativos al interior de la familia y en la escuela, así como en cambios en las orientaciones de valores de los jóvenes mismos, incluidos aquellos cambios de valores referidos a la conducta social y la disposición al compromiso y la participación social y política.

2.1. Cambios de valores en la familia y en los estilos educativos

Es natural que las transformaciones observadas en la sociedad en su conjunto también ejerzan sus efectos sobre la familia, la escuela y los estilos educativos allí predominantes, lo que a su vez repercute sobre las orientaciones de valores, las actitudes y las motivaciones de los jóvenes, también en cuanto a lo que al “altruismo” y la “prosocialidad” se refiere (Roche, 1998: 139-157). Si bien en el marco de estos cambios, en algunas sociedades, valores tradicionales como el “amor al prójimo”, la “vocación de servicio” y la “lealtad a las organizaciones” (laicas o religiosas) van quedando superados, ello no necesariamente significa que no vayan siendo reemplazados por otros valores que también impulsan a la participación. Esto es algo que los adultos, en particular aquellos que actúan al interior de las asociaciones y las instituciones políticas, no parecen percibir. El reconocimiento de tales cambios de valores necesariamente debería llevar tanto a las instituciones educativas como a las políticas y sociales a cuestionar su propia praxis y a preguntarse si hoy y en el futuro inmediato, siendo otras las expectativas sociales y los motivos personales que impulsan a los jóvenes a la participación, no deberían también ser otras las formas y las posibilidades de participación real que la sociedad les ofrezca para dar cauce a tales necesidades. La consideración de los fenómenos de pluralización e individualización de las formas de vida discutidos anteriormente, debería jugar en ello un rol importante. Algunos datos empíricos contribuyen a apuntalar esta hipótesis.

Así, por ejemplo, en el caso de Alemania Federal, mientras en el año 1951, para un 25 % de la población adulta, valores tradicionales como la “obediencia” y la “sumisión” seguían siendo centrales para la educación familiar, en 1983 dichos “objetivos educativos” sólo continuaban teniendo validez para el 9 % de la población adulta. A la inversa, el educar para la “autonomía”, la “independencia”, la “libre voluntad” y la “auto-responsabilidad” pasaban de un 28 % de acuerdo en 1951 a obtener un apoyo del 49 % en 1983 (Münchmeier, 1990).

Transformaciones como las comentadas también tienen lugar en la educación escolar. En ella se ha ido reduciendo enormemente la distancia social entre profesores y alumnos, surgiendo lo que Fend ha denominado una “cultura de relaciones sociales igualitaria” (Fend, 1988: 142c). Ello conduce a que valores educativos tradicionales como el “orden” y la “disciplina”, los “buenos modales” y el “respeto a los mayores”, también al interior de la escuela van perdiendo en significación, mientras que a la inversa, valores tales como la “capacidad de juicio independiente”, la “independencia personal” y la “autoestima” (conciencia del propio valer) van ganando enormemente en significación (Meulemann, 1988). Estos y otros datos obtenidos de estudios más recientes permiten afirmar que tanto los padres como los maestros valoran actualmente, sobre todo, la educación hacia la independencia personal, es decir hacia la autonomía y la propia competencia de acción.

Estos valores son vistos hoy como una condición absolutamente necesaria para progresar en la sociedad de logro, altamente individualizada y competitiva. Es por ello que tienden a relativizar aquellos valores más tradicionales como la “humildad”, la “disposición al sacrificio”, el “control de las propias necesidades” y la “sumisión”.

Junto con estos cambios de valores, es interesante destacar aquellas tendencias identificadas por otros estudios realizados en la misma época, referidos al tema de las disposiciones y motivaciones de los jóvenes a participar en la sociedad. Así, por ejemplo, una encuesta EMNID llevada a cabo en Alemania Federal a mediados de la década de los ochenta constataba que el 40 % de los jóvenes entrevistados manifestaban tener la impresión de “tener que hacer algo más por lo social” pero al mismo tiempo declaraban sentirse “frenados” en ello, ya sea por “falta de tiempo” (debido a otras obligaciones, fundamentalmente escolares), o por “inseguridad personal” (EMNID, citado por Fink, 1985: 24). De acuerdo a estimaciones de finales de los ochenta –bastante concordantes con las cifras actuales– cerca del 15 % de los jóvenes entonces entrevistados desarrollaba alguna forma de compromiso social o de acción solidaria. Los datos de otro estudio de la época, el “Jugendkompass” de 1989 (Münchmeier, 1990), mostraban que casi el 70 % de los entrevistados consideraba “muy importante” el comprometerse en actividades dirigidas a la “superación de situaciones sociales problemáticas” y no sólo en aquellas de “ayuda al prójimo”, es decir de tipo caritativo. Ya entonces, en el con-

texto de la discusión sobre el cambio de valores del “materialismo” al “posmaterialismo” (Inglehart, 1971: 991-1017; Inglehart, 1977), estos datos se interpretaban como parte de un sistema de valores en el que, además del valor central de la “autorealización”, jugaba un papel muy importante el “valor de uso” que tanto las instituciones como las relaciones sociales asumían para el joven alemán de la época (Münchmeier, 1990). Con este concepto de “valor de uso” de lo social se buscaba significar aquella tendencia observable en los jóvenes de la posmodernidad de percibir los contactos sociales, así como las instituciones y los profesionales de lo social, desde una perspectiva “utilitaria” pero no “utilitarista”. En otros términos, las relaciones sociales así como la institucionalidad propia del Estado de Bienestar son vistas por las nuevas generaciones de jóvenes desde el punto de vista de su utilidad y funcionalidad para la superación de los propios problemas personales así como para la realización de sus objetivos y planes de futuro. Esta tendencia se corresponde a la vez con la creciente presión ejercida sobre la condición juvenil por la complejización de la dinámica social y económica.

Los datos aportados por la penúltima encuesta Shell/Schell (la última acaba de ser publicada) (Jugendwerk der Deutschen Shell, 1997), apuntan en esta misma dirección. Se observa en dichos resultados una gran disposición de los jóvenes al compromiso social y comunitario siempre que se den para ellos ciertos “requisitos” que consideran de gran importancia: los jóvenes sólo se hallan dispuestos a participar allí donde encuentran organizaciones o asociaciones en las que confían, y donde esperan que se produzcan resultados también para ellos satisfactorios, es decir donde puedan reconocer y realizar sus propios intereses, problemas y necesidades. Estos datos confirman la interpretación de Münchmeier, en cuanto al “valor de uso” que la participación y el compromiso social deben tener para los jóvenes actuales.

La orientación hacia el “valor de uso” debe entenderse entonces como una estrategia adecuada de los jóvenes para superar los problemas y conflictos que enfrentan a diario en el proceso de integración social a la “sociedad adulta”. A partir de esta interpretación podemos concluir que en relación a la participación juvenil, tanto en la dimensión de lo “social-institucional”, es decir tanto en el barrio (grupos de pares) como en la escuela, así como en la dimensión de la participación ciudadana, se hace necesaria una reflexión sobre este aspecto “utilitarista” del altruismo. Las preguntas centrales a responder al respecto son: ¿qué puede aportarle a un joven la participación y el trabajo voluntario en una determinada actividad social, comunitaria o ciudadana? ¿En qué medida le “sirve” o es percibida dicha potencial participación como un factor importante del propio desarrollo? ¿Qué requisitos deberían reunir las ofertas de participación hechas por el Estado, las organizaciones locales así como aquellas surgidas de las organizaciones sociales y políticas, para que sean creíbles y motivantes para los jóvenes?

Un resultado inesperado de la mencionada encuesta Shell es que tanto las orientaciones de valores posmaterialistas como las materialistas parecen estar vinculadas estrechamente con el valor del altruismo y la prosocialidad. La vinculación de estas respuestas con la disposición de los jóvenes al compromiso y la participación social, política y ecológica muestra que una interpretación de la disposición a la participación en relación a las categorías de Inglehart, es decir de respuestas que se dejen subsumir bajo orientaciones de valores materialistas y posmaterialistas, se hace muy difícil dado el hecho de que en el mismo estudio se obtienen altos grados de correlación entre cada una de estas orientaciones con aquellas respuestas que apuntan a la solidaridad. Así, por ejemplo, mientras observamos una correlación de +.32 entre indicadores de valores posmaterialistas (como “desarrollar las propias capacidades”, “demostrar rendimiento”, “autorealizarse”, “ser crítico”, “llevar una vida excitante”) y valores prosociales (“ayudar a los demás”, “tener consideración por los demás”, “asumir responsabilidad por los demás”, “rebelarse ante el paternalismo”), encontramos que entre el altruismo y la orientación de valores materialista (“ser capaz de imponerse”, “tener conciencia del deber”, “obtener altos ingresos”, “búsqueda de la seguridad”, “ser ambicioso”) también existe un alto grado de correlación (+.56), de lo cual se desprende que independientemente del tipo de orientaciones de valores predominantes en diferentes grupos de jóvenes, el valor del altruismo siempre se halla asociado a ellas.

Ello induce a concluir que, por lo menos en lo que respecta a la disposición de participar y comprometerse con los demás y con la comunidad, la división dicotómica entre materialistas y postmaterialistas debería relativizarse y verse como los polos de un *continuum* más que como dos categorías antagónicas. Desde este punto de vista, se plantea la pregunta sobre si no debería asumirse que el desarrollo de orientaciones de valores posmaterialistas sólo puede darse en aquel tipo de sociedades que han alcanzado un alto grado de desarrollo económico y social, en las que una situación de relativa saturación de las expectativas y necesidades materiales, así como la existencia de perspectivas de futuro más o menos seguras inducen a sus miembros a desarrollar nuevos objetivos y estilos de vida que trascienden lo material y buscan revalorizar el ámbito de lo social-emocional.

2.2. Cambios de valores en la sociedad española

En la mayoría de las sociedades pertenecientes a la Unión Europea se observan cambios de valores similares a los descritos para Alemania (World Value Survey, 1990/1993) aunque con distintos grados de intensidad, según el tipo de sociedades de que se trate, es decir más o menos avanzadas en lo que a modernización económica y social se refiere. Así, por ejemplo, en el caso de España, una sociedad inmersa en un acelerado proceso modernizador, los estudios intergeneracionales sobre valores en la década del noventa muestran que, ciertamente, se están produciendo cambios relevantes. Dichos cambios se enmarcan en un contexto en el que prevalece lo que po-

dríamos denominar “modernización materialista” de los sistemas de valores tradicionales. Así, por ejemplo, del estudio *La solidaridad de la juventud en España*, encargado por el Instituto de la Juventud (INJUVE, 1995), se desprende que en la percepción de los jóvenes, la “familia” y el “dinero” –en ese orden– serían los valores más tenidos en cuenta por la “sociedad española” (total: 87 %), es decir, por los adultos. Otros valores como el “amor”, la “solidaridad”, las “creencias religiosas” –en ese orden– tendrían para los adultos, según el punto de vista de los jóvenes, una significación mucho menor (total: 12 %). Por otra parte, el análisis de las respuestas dadas a la misma pregunta, pero esta vez en relación al significado que la lista de valores tendría para ellos mismos (en su calidad de jóvenes) muestra que, independientemente de los consensos padres/hijos y de los ajustes intergeneracionales que hacen que las diferencias entre unos y otros se hagan cada vez más pequeñas, efectivamente sí existen sistemas de valores distintos entre jóvenes y adultos, por lo menos desde la percepción de los jóvenes. En relación a esto, llama la atención no tanto la relevancia que los jóvenes le atribuyen a la familia, sino el hecho de que el valor “familia” sea considerado por los jóvenes con más fuerza que lo que los jóvenes suponen que es considerado por “la gente”, es decir por los adultos (INJUVE, 1995: 46). También el “amor”, comparativamente, tiene para ellos mayor importancia que el “dinero”. Los cuadros 3.1 y 3.2 presentados en el estudio que comentamos (INJUVE, 1995: 46-47) dan una idea de cómo la percepción de los jóvenes respecto de los valores de “la gente” (adultos) y los propios se diferencian de acuerdo a la edad, el género, el estado civil, el nivel de estudios, el autopoicionamiento político y religioso, así como respecto del hecho de ser cooperante o no. De este modo, por ejemplo, es interesante observar que a medida que aumenta la edad, según los jóvenes, se incrementa la importancia que los adultos conceden al “trabajo” y al “dinero” y disminuye la relevancia que conceden a la “familia”. Esa misma opinión (creciente/decreciente) se sustenta según el nivel de estudios: los que no han superado los estudios primarios interpretan que para “la gente” la familia es más importante que lo demás, mientras que en el otro extremo, aquellos con nivel medio o superior de estudios, dicen que el trabajo y el dinero son valores máspreciados que la familia. Las mujeres jóvenes dan a la familia, al amor y la solidaridad algo más de importancia que los varones jóvenes, lo que no implica modificación alguna respecto de épocas anteriores. Sin embargo, las mujeres jóvenes también acentúan la significación del valor “trabajo”, lo que sí es nuevo y coincidente con los cambios de valores observados en otras regiones de Europa, como lo vienen señalando diversos autores.

2.3. Cambios de valores y participación: ¿cuáles son las grandes “causas” que movilizan a los jóvenes en la Unión Europea?

Uno de los instrumentos de investigación regularmente utilizados a nivel europeo para la medición de orientaciones de valores, actitudes y opiniones, tanto de adultos como de jóvenes, son las encuestas “Eurobarómetro”, cuyos resulta-

dos referidos a los jóvenes son publicados por la Comisión Europea (Commission des Communautés Européennes) bajo el título “Les Jeunes Européens”/“The Young Europeans”. Estos estudios constituyen, por su carácter comparativo, una de las fuentes de información y de consulta más útiles para el análisis de tendencias de opinión y cambios actitudinales en los diferentes países de la Unión Europea. Al igual que en 1982 y 1987, en el marco del Eurobarómetro de 1990 se les planteó tanto a los jóvenes (15-24 años) como a los adultos de los países que en aquel entonces constituían la Comunidad Europea la siguiente pregunta:

“¿Cuáles son las grandes causas por las cuales en nuestros días valdría la pena asumir riesgos y aceptar sacrificios?”

En otras palabras, se les estaba preguntando cuáles serían las causas por las que valdría la pena comprometerse —social y/o políticamente—, lo que equivaldría a decir “participar” (Comisión Europea, 1991: 26-31). Lamentablemente, esta misma pregunta no se volvió a plantear en el Eurobarómetro de 1997, lo que hace difícil establecer en términos comparativos el estado actual de las opiniones y actitudes de los jóvenes europeos al respecto. A los efectos de obtener una visión un tanto más actualizada, analizaremos posteriormente los datos de dos encuestas españolas referidas a la solidaridad de los jóvenes y al asociacionismo, realizadas ambas en 1995, y en las que se utiliza la misma pregunta incluida en los dos Eurobarómetros aquí comentados.

Los datos ofrecidos por las encuestas Eurobarómetro entre 1982 y 1990 (Comisión Europea, 1991: 26), muestran las siguientes tendencias:

- Las tres “grandes causas”, es decir, las sostenidas más fuertemente por los jóvenes europeos entre 1987 y 1990 eran “la paz en el mundo”, “la protección del medio ambiente” y los “derechos humanos”. El apoyo masivo dado a estas causas se observa en casi toda la comunidad, siendo éstas en 1990 las tres primeras causas para el conjunto de los países comunitarios. Una excepción la constituyen países como Grecia, Francia, Italia y Portugal, donde estas “causas” no ocupan ni siquiera las cuatro primeras prioridades. La “libertad individual”, en Grecia, la “lucha contra la pobreza” en Francia y Portugal (48 % y 64 % respectivamente) y la “lucha contra el racismo” en Italia (52 %), les anteceden en el orden de relevancia.
- Después de una fuerte declinación entre 1982 y 1987 (-9 puntos), el compromiso con la lucha por la “paz mundial” ha repuntado entre los jóvenes en 1990 en + 4 puntos, mientras que, por el contrario, entre 1987 y 1990 el interés por el movimiento pacifista había declinado en -4 puntos (Comisión Europea, 1990: 20). La “lucha contra la pobreza”, los “derechos humanos” y la “igualdad de los géneros” también son “causas” que vuelven a ganar terreno.
- A medida que aumenta la edad, la “lucha contra el racismo” es una causa que va perdiendo sostenedores (en ambos sexos). La diferencia entre los jó-

venes y las personas mayores de 55 años es muy grande. Por otra parte, esta causa es defendida por las mujeres con mucha mayor intensidad que los varones en todos los grupos etáreos. Lo mismo sucede con “la ayuda al tercer mundo”, más defendida por las mujeres (de distintas edades) que por los hombres.

– A pesar de que “la lucha por la paz en el mundo”, “la defensa del propio país”, la “lucha contra la pobreza”, la “defensa de la fe religiosa” y la “unificación europea” son causas menos defendidas por los jóvenes que por los adultos, sin embargo éstas, junto con “la lucha por la igualdad de los géneros”, son causas que encuentran más adeptos entre las mujeres que entre los varones –independientemente de su edad–.

En resumen, puede concluirse lo siguiente:

Desde 1982 y en particular a partir de 1987 van definiéndose dos tendencias principales, siendo la más notoria entre ellas el interés que suscita entre los jóvenes (y los adultos) la “lucha por el medio ambiente”, que entre 1982 y 1990 aumenta en +19 puntos. A la inversa, el interés despertado por causas como “la defensa del propio país”, la “lucha por la libertad individual” o la “defensa de la fe religiosa” continúa en lenta pero progresiva declinación.

Una de las causas más movilizadoras de los jóvenes de Europa Occidental en la década del sesenta y en parte de la del setenta, la “acción revolucionaria”, deja de serlo en la década de los ochenta y, probablemente, también en la del noventa. Esta tendencia es diferente de la observable en los países de Europa del este a partir de la caída del muro de Berlín, si bien allí la connotación del término “revolución” ha sido y es muy distinta a la que en décadas anteriores asumía para los jóvenes de occidentales. Los datos del Eurobarómetro muestran que el interés por “la revolución” en los países de la Comunidad (Unión) Europea se mantiene estancado a un nivel relativamente bajo: después de haber descendido en -2 puntos entre 1982 y 1987 (de 8 a 6 puntos), el “acuerdo” con esta causa se ha estabilizado en un nivel que va entre el 6 % y el 7 %.

Hemos intentado actualizar esta información respecto a las causas movilizadoras de los jóvenes en Europa proporcionada por el Eurobarómetro, recurriendo a algunos estudios de tipo nacional que también han trabajado sobre este tema. En este punto nos detendremos particularmente sobre la situación española. En el ya mencionado estudio del INJUVE (1995), causas como “la lucha por la paz”, la “libertad individual”, los “derechos humanos” y la “lucha contra el hambre” reúnen el 81 % de las respuestas a la pregunta sobre las causas que justificarían realizar sacrificios y asumir riesgos por defenderlas (INJUVE, 1995: 62). Del análisis comparativo de estas respuestas y de los datos obtenidos en la encuesta dirigida por Manuel Martín Serrano sobre “Los valores actuales de la juventud en España” (en INJUVE, 1996) se desprende que en los últimos años se ha produci-

do un crecimiento en la valoración que se le da a “la lucha contra el hambre”, en menoscabo del valor atribuido a la “lucha por la paz”, aunque este valor de todos modos aparece como el primer móvil por el que valdría la pena sacrificarse. El resto de los valores son altamente similares en ambos estudios.

El autopoicionamiento ideológico y político es un factor diferenciador en cuanto a las causas más movilizadoras. Así, por ejemplo, siendo “la paz” la causa más movilizadora para los jóvenes en general, un posicionamiento de izquierda implica prestar tanta o más importancia que a la paz, al valor de la “libertad individual”. También respecto de la “libertad individual” y los “derechos humanos” (la segunda causa movilizadora: 25 %), la variable ideológico-política introduce ciertas diferenciaciones (INJUVE, 1995: 63).

3. Espacios y formas de participación social

3.1. Asociacionismo y participación social entre 1987 y 1997

El Eurobarómetro de 1990 muestra que uno de cada dos europeos, jóvenes o adultos, forma parte de una organización o de una asociación. Esta proporción, algo más elevada que en 1987, varía fuertemente de país a país, particularmente en función de su ubicación geográfica. La participación social es fuerte en Dinamarca (85 % entre los jóvenes y 86 % entre los adultos), Luxemburgo (76 % y 74 % respectivamente), los Países Bajos (74 % en ambos casos); mediana (alrededor del 60 % tanto entre los jóvenes como entre los adultos) en Bélgica, Alemania, Irlanda y el Reino Unido, y débil en Portugal (24 % entre los jóvenes y los adultos), Grecia (26 % entre los jóvenes y 24 % entre los adultos), Francia (41 % entre los jóvenes y 28 % entre los adultos) e Italia (46 % entre los jóvenes y 40 % entre los adultos). Las diferencias norte/sur (incluyendo aquí Francia) observadas en 1990 son más o menos las mismas que ya se señalaban en el Eurobarómetro de 1987.

Estas diferencias en la participación social entre el norte y el sur de Europa son explicadas por diferentes autores en función de las tradiciones históricas y sociales distintas en ambas regiones. Así, por ejemplo, uno de los argumentos explicativos clásicos al respecto es que en los países del norte las asociaciones habrían entrado a compensar el debilitamiento de las estructuras asociativas más tradicionales (como la familia, el barrio, el pueblo, etc.), que han ido perdiendo en significación en las sociedades más modernizadas pero que aún serían muy fuertes en los países del sur. Es por ello que las asociaciones y organizaciones sociales extra-familiares tendrían en el norte de Europa mayores posibilidades de convocatoria que allí donde las estructuras tradicionales aún tienen mayor vigencia. Este argumento, sin embargo, no se compadece con los procesos de cambio de valores y de destradicionalización e individualización que observamos actualmente en casi todos los países del sur de la Unión Europea.

3.2. Diferenciaciones por edad y género

Según los datos de las diferentes encuestas del Eurobarómetro, la estructura del tejido asociativo en la Unión Europea casi no muestra modificaciones significativas (tanto en relación a los jóvenes como a los adultos) entre 1987 y 1997. Entre los jóvenes mismos es de observar que en 1990 el grupo etáreo de 15-19 años era el que mostraba una vida asociativa ligeramente más intensa que la del grupo de 20-24 años. Sólo en la actividad sindical o profesional estos últimos se hallaban sobrerrepresentados. En este contexto se observaban las siguientes tendencias en cuanto a la participación juvenil:

- En el grupo etáreo de 15-24 años, sólo se registra un ligero descenso (3 puntos) en la participación en aquellos grupos o asociaciones vinculados a un área de interés específica (por ejemplo, asociaciones filatélicas) y un ligero aumento de la participación en sindicatos u otras asociaciones profesionales.
- Tanto entre los jóvenes como entre los adultos, siguen siendo los mismos tres tipos de asociaciones los que acaparan el mayor interés: los clubes o asociaciones deportivas (28 % entre los jóvenes de 15-24 años), las organizaciones religiosas o parroquiales (9 % entre los de 15-24 años) y los sindicatos o asociaciones profesionales (8 % entre los jóvenes de 15-24).
- Independientemente de la edad, tanto entre los jóvenes como entre los adultos, es de destacar el hecho de que en 1990 las mujeres participaban en las asociaciones menos que los varones. En el grupo etáreo de 15-24 años la menor presencia de las mujeres jóvenes se debe a su menor participación en los clubes y asociaciones deportivas (37 % los varones *versus* 19 % las mujeres). Su mayor participación en asociaciones de protección de la naturaleza, en organizaciones religiosas y en grupos culturales y artísticos, no alcanza a compensar la gran diferencia señalada en el sector de las asociaciones o clubes deportivos. En el plano de la participación sindical y profesional, las diferencias entre los géneros son mínimas: 8 % los varones y 7 % las mujeres. En cuanto a los partidos políticos, entre los jóvenes de 15-24 años, los varones muestran una participación real del 2 % y las mujeres del 1 %.
- En cuanto a la participación en organizaciones juveniles y casas de juventud, casi no ocurrieron cambios entre 1987 y 1990.

3.3. La participación juvenil a finales de la década de los noventa

El Eurobarómetro 97 (Comisión Europea, 1997: 20-22) permite percibir que no han ocurrido grandes cambios en relación a la participación de los jóvenes, en comparación con la situación de 1987 y 1990. La vida asociativa de los jóvenes de 15-24 años continúa manteniéndose en un bajo nivel. Al igual que en 1990, sólo uno de cada dos jóvenes (47,6 %) declara pertenecer a algún tipo de organiza-

ción, cualesquiera que sea. De todas las organizaciones propuestas en el cuestionario, al igual que en 1987 y 1990, son los clubes y las asociaciones deportivas los que demuestran tener mayor capacidad de convocatoria: el 27,6 % de los entrevistados afirma participar en alguna organización vinculada al deporte (en 1990, 28 %). Las organizaciones religiosas o parroquiales tienen una participación juvenil de alrededor del 9 % (8,7 % en 1990). Las organizaciones juveniles o para jóvenes como los grupos de *scouts*, las casas de juventud y otros espacios similares, atraen el interés y la participación de un 7 % de los jóvenes europeos.

Una diferenciación de la participación social de los jóvenes por país miembro de la Unión Europea, muestra las siguientes tendencias:

- La pertenencia a un club o asociación deportiva se manifiesta mayoritariamente entre los jóvenes suecos (51 %), holandeses (50 %), daneses (44 %), irlandeses (43,7 %), luxemburgueses (40 %) y alemanes occidentales (38,8 %). Estas nacionalidades se ubican muy por encima de la media europea (28 %), mientras que los jóvenes griegos (16 %) y los españoles (12%) son los que menos participan de organizaciones o asociaciones deportivas. Países como Francia (28,2 %), Reino Unido (28 %), Austria (27 %), Finlandia (26,6 %), Bélgica (23,5 %), Italia (23,1 %), Alemania Oriental (22,6 %) y Portugal (21,1 %) se sitúan ya sea en la media europea o algunos puntos por debajo de ella.
- La pertenencia a organizaciones religiosas o parroquiales es particularmente intensa entre los jóvenes italianos y holandeses (18 % respectivamente), siendo especialmente débil entre los belgas y los griegos (2 % respectivamente), hallándose la media Europea en un 9 %.
- La pertenencia a movimientos o centros juveniles (como los *scouts*, casas de juventud, etc.) se halla particularmente desarrollada entre los jóvenes luxemburgueses y daneses, quienes adhieren a este tipo de organizaciones en alta proporción (26 % y 18 % respectivamente), mientras que la media europea se ubica en un 7 %. Este tipo de participación social es especialmente débil entre los jóvenes griegos y portugueses (con un 3 % y 5 % respectivamente).
- Las demás organizaciones (sociales y de beneficencia; culturales y artísticas; sindicatos y partidos políticos; de protección de la naturaleza y del medio ambiente; grupos o asociaciones de “aficionados” –*amateurs*–, como ser coleccionistas, clubes de *fans*, clubes de informática, y otras organizaciones o asociaciones “espontáneas”) alcanzan porcentajes menores al 6 %. A la cabeza de estas asociaciones se ubican los grupos de “aficionados” y las asociaciones de protección de la naturaleza y el medio ambiente. Las organizaciones sindicales y los partidos políticos, también en 1997 se hallaban casi al final de la lista de preferencias en cuanto a las formas de participación de los

jóvenes. Las tasas más bajas en cuanto a medias europeas las presentaban los movimientos de defensa de los derechos humanos (2 %) y las asociaciones de consumidores (1 %), lo que, en el caso de la defensa de los derechos humanos, demuestra la gran diferencia existente entre la aceptación verbal de causas movilizadoras y la participación real de los jóvenes en ellas.

– Desde el punto de vista sociodemográfico es posible afirmar que los procesos de afiliación tienden a evolucionar con la edad y el nivel educativo. Mientras más tarde terminan los jóvenes sus estudios, más tiende a aumentar el grado de asociacionismo y de participación.

– Desde el punto de vista de una *diferenciación por género*, al igual que en la década del ochenta, el Eurobarómetro 97 muestra claras diferencias de género en relación al tipo de afiliación: mientras que las *mujeres* se hallan más representadas en grupos y asociaciones sociales y de beneficencia (5,6 % vs. 3,9 %), religiosas y parroquiales (10,1 % vs. 7,4 %), culturales y/o artísticas (5,8 % vs. 4,5%), de protección de la naturaleza y el medio ambiente (6,5 % vs. 4,5 %), en otras asociaciones “espontáneas” (4,6 % vs. 3,1 %) y entre los no organizados (50,4 % vs. 44,3 %); los *varones*, como ya se observara, muestran un mayor grado de afiliación en organizaciones deportivas (31,6 % vs. 24,1 %), en organizaciones juveniles o casas de juventud (8,5 % vs. 6,3 %) y en sindicatos y partidos políticos (5,4 % vs. 3,5 %) (Eurobarómetro, 1997; gráfico “Participation in Community Life”, pág. 20).

El análisis-resumen de algunos de los datos obtenidos por las encuestas del Eurobarómetro, concretamente aquellos referidos a las diferentes formas de afiliación y participación juvenil, permite concluir que los jóvenes europeos prefieren más que nada afiliarse a grupos de interés general –particularmente aquellos vinculados al deporte– y menos a aquellos que actúan de acuerdo a intereses específicos, como es el caso de los sindicatos, de los partidos políticos o las asociaciones de consumidores. Los datos muestran además que la religión parece ser una variable diferenciadora interesante: un 31 % de los jóvenes que declaran pertenecer a “otra religión” (o sea, que no se declaran ni católicos, ni protestantes u ortodoxos), dice a la vez que es miembro de organizaciones religiosas o parroquiales, mientras que sólo un 10 % a un 11 % de aquellos que afirman pertenecer a las tres confesiones citadas, se declara afiliado a una asociación religiosa o parroquial. También el hecho de ser estudiante ejerce un importante impacto sobre la pertenencia o no a asociaciones. De hecho, los estudiantes muestran en los tres relevamientos aquí analizados, tasas superiores de participación que los demás grupos de nivel educacional inferior. La misma tendencia se muestra en relación a aquellos jóvenes responsables del ingreso principal de sus hogares, que demuestran tener un grado mayor de afiliación a las asociaciones y organizaciones juveniles que aquellos cuya contribución material a su familia es sólo subsidiaria.

Este panorama sobre la presencia de los jóvenes europeos en formas institucionalizadas de participación social obviamente debe ser complementado con un análisis de la participación juvenil en formas alternativas a las de afiliación institucional. Así, por ejemplo, en el caso alemán, un 71 % de los entrevistados en la encuesta Shell 1997 (Jugendwerk der Deutschen Shell, 1997) afirma estar de acuerdo con participar de una “iniciativa ciudadana”, de servicio comunitario por ejemplo (aunque sólo un 8 % declara hacerlo efectivamente). Un porcentaje similar se manifiesta de acuerdo con “trabajar en una actividad para el tercer mundo” (si bien sólo un 4 % lo hace efectivamente); el 52 % dice que participaría de un “boicot de consumidores”, por ejemplo contra una empresa que inquiere el medio ambiente (el 21 % ya lo ha hecho), y el 21 % estaría dispuesto a “actuar en contra de convicciones falsas”, por ejemplo contra tendencias neonazis, incluso “si para ello hubiera que ejercer la violencia” (un 16 % declara ya haberlo hecho). La encuesta Shell 1997 muestra además que, al igual que en otros planos, en relación a los grupos de participación informal los jóvenes tienden más a tener simpatías y a identificarse con ciertos grupos y sus acciones (por ejemplo, con Green Peace), que a ser activos en ellos. Del mismo estudio se desprende que los jóvenes depositan fundamentalmente su confianza en aquellas organizaciones sociales y asociaciones ciudadanas que tematizan problemas del futuro de la sociedad y que, por lo tanto, son consideradas por ellos de gran significación para sí mismos. De este modo, por ejemplo, se les tiene confianza o “muchísima confianza” a los *grupos ambientalistas o ecologistas* (68 % de los entrevistados). Las *organizaciones de derechos humanos* (51%) y las *iniciativas locales* –de barrio u otras– (37%) les siguen en cuanto a confiabilidad. Sin embargo, como hemos visto, la pertenencia real a dichos grupos es bastante baja: sólo entre un 3% y un 4 % de los entrevistados declara pertenecer a una organización ecologista o a una de derechos humanos, y menos del 1 % a una iniciativa ciudadana de orden local.

Algunos datos más actualizados sobre el caso español pueden obtenerse de los informes *Juventud en España 1992* (INJUVE, 1993) y *Juventud en España 1996* (INJUVE, 1996). En el *Informe Juventud en España 1992* se corroboran datos y resultados de informes anteriores, así como aquellos obtenidos por el Eurobarómetro 90: la mayor parte de los jóvenes españoles (66 %) está desvinculada de cualquier tipo de relación con una asociación voluntaria, aunque algunos tengan contactos o amigos que sí pertenecen a ellas.

De la población juvenil asociada, en 1992, sólo el 2 % de los encuestados (N= 2.397) (o el 5,8 % de los que están asociados) está afiliado a alguna *organización política*. Un 3 % del total y 8,9 % de los asociados se halla afiliado a una *asociación sindical*; el 2,3 % de la población encuestada y 6,6 % de los asociados dice pertenecer a *movimientos sociales*; el 3,7% de los entrevistados (10,7 % de los asociados) afirma pertenecer a una *asociación de estudiantes*; mientras que el 4,7 % de los entrevistados (13,8 % de los asociados) pertenecía a una *asociación religiosa*. De estos datos se desprende que sólo un 15,7 % de los entrevista-

dos o 45,8 % de los que se hallan organizados, pertenecía a algún tipo de organización política o “parapolítica”, constituyendo una muy pequeña minoría. Si bien la situación de asociacionismo y participación general de los jóvenes mejoró algo en los años ochenta y comienzos de los noventa, sigue estando claramente bajo la media europea. De los datos del informe de juventud de 1988 se desprende que, de acuerdo a la distribución del tiempo libre que en aquel entonces efectuaban los jóvenes, a un joven español medio sólo le quedaban cuatro minutos para realizar actividades asociativas organizadas (participación en asociaciones voluntarias, asistencia a reuniones políticas o religiosas, casas de juventud, etc.) lo que indica claramente que sólo una pequeña proporción de jóvenes empleaba alguna parte de su tiempo libre en este tipo de actividades. Estos datos se refieren, eso sí, sólo a los días laborables, lo que no considera el hecho de que muchas de las actividades mencionadas se realizan concentradamente los fines de semana. El *Informe Juventud en España 1992* vuelve a corroborar esta situación: la mayoría de los jóvenes ocupan parte de su tiempo de ocio en cuatro actividades principales, que realizan con mucha más frecuencia que todas las demás, y que son –en orden decreciente de frecuencia– “salir con los/as amigos/as”; “ver televisión o video”; “oír la radio” e “ir a bares, pubs o discotecas”. Mientras que los jóvenes asociados tienden a participar más de actividades que requieren de una cierta formación previa, como por ejemplo participar en actos culturales (conferencias, exposiciones, etc.), y a concurrir con más frecuencia al cine o al teatro, siendo los que más frecuentemente leen los periódicos, los no asociados desarrollan actividades de ocio más pasivas o consumistas (INJUVE, 1993: 201, cuadro 7.15). Según Prieto, estos datos pueden ser tomados como un buen indicador del interés de los jóvenes asociados y los no asociados por la vida cultural y de su país. Sin embargo, según nuestra opinión, dicen muy poco en cuanto al deseo real de participación de los jóvenes en la vida social y política.

Esta tendencia general vuelve a observarse en el *Informe Juventud en España 1996*. Si bien el tema del asociacionismo se discute en este informe sólo en relación al papel que éste pueda tener en la generación o prevención (evitación) de actitudes violentas, de manera indirecta sí proporciona alguna información sobre la participación de los jóvenes españoles en 1996.

Según sus autores (Serrano/Velarde Hermida), el deseo de participación de los jóvenes, al igual que en épocas anteriores, se canaliza hacia el “asociacionismo formalmente no político” (INJUVE, 1996: 259). Entre los jóvenes asociados, los autores distinguen dos orientaciones distintas:

- aquellos que canalizan su deseo de participación hacia la “práctica deportiva y excursionista”, actividades que atraen sobre todo a los varones y especialmente en las edades donde existen vínculos más endogrupales, o sea los más jóvenes, y
- aquellos que se orientan más hacia una participación en “torno a acciones solidarias”, incluyendo organizaciones para la preservación de la naturaleza (a las

que pertenece un 29 % de aquellos que están asociados), de defensa de los derechos humanos (11 %), de acción pacifista y de objeción de conciencia (7 %), para obras benéfico-asistenciales (7 %). Las asociaciones culturales y políticas se ubican todas por debajo de este último porcentaje.

Una comparación con los datos referidos a 1990 (Eurobarómetro 90) y 1992 (*Informe de Juventud en España 1992*) muestra que a mediados de la década del noventa se produce un aumento de la participación juvenil en actividades vinculadas al medio ambiente y a la defensa de los derechos humanos, mientras que las demás dimensiones del asociacionismo permanecen más o menos inmodificadas.

4. Interés por la política, confianza en las instituciones y participación política

La participación ciudadana (ya sea de jóvenes o de adultos) en procesos políticos, tanto a nivel local, regional, nacional o supranacional, debe ser considerada como un elemento central en el funcionamiento de los sistemas democráticos. Como lo demuestran numerosos ejemplos históricos, la participación política de los ciudadanos es de suma importancia tanto en cuanto a la manutención de la legitimidad del ordenamiento político del que se trate, como en relación a la capacidad de dichos sistemas para enfrentar y resolver problemas económicos, sociales y políticos. A la hora de estudiar el tema de la participación política de los jóvenes, las tres cuestiones clásicas que se plantean son la del interés por la política, la de la confianza que depositan en instituciones vinculadas a ella y la de la participación política (activa) misma.

El interés por la política y la participación activa, por otra parte, deben ser vistos tanto en su dimensión institucional, es decir en la disposición de los ciudadanos a participar en formas convencionales e institucionalizadas de actividad política (elecciones, afiliación a partidos políticos, candidaturas, mesas o colegios electorales, etc.) así como en la dimensión extrainstitucional, es decir en formas no convencionales y no institucionalizadas de participación, por ejemplo en forma de protestas, manifestaciones, peticiones, recolección de firmas, manifiestos, solicitadas en los periódicos, etcétera. Es en relación a estas manifestaciones no institucionalizadas de participación política que Max Kaase (1987: 112-139) acuña el concepto de “revolución participatoria”, refiriéndose a la enorme expansión que las formas no convencionales de participación han tenido en Europa, a partir de la década del setenta. El hecho de que tanto la popularidad de las formas de participación política institucionalizadas como de las no institucionalizadas haya declinado en los últimos años —especialmente a partir de mediados de los ochenta—, ha llevado a que en muchos países, no sólo de la Unión Europea, se planteen tesis cuestionadoras respecto del interés real de los jóvenes en comprometerse

con la “*res-publica*”. Ello a su vez ha conducido a una intensificación de la investigación sobre a la cuestión del interés real de los jóvenes en la política y en consecuencia también sobre la cuestión referida a la credibilidad que “la política” tiene para los jóvenes.

4.1. El interés por la política

En relación a esta cuestión, los Eurobarómetros de 1982, 1987 y 1990 dan algunas pistas sobre el lugar que ocupa esta área de interés entre los jóvenes de la Unión Europea.

Lamentablemente el Eurobarómetro de 1997 no volvió a plantear la pregunta, de modo que se hace difícil actualizar a nivel de datos comparativos los resultados conocidos hasta inicios de los noventa. Esto es particularmente problemático, ya que es de suponer que los cambios económico-sociales y las situaciones políticas vividas en esta década seguramente no han quedado sin consecuencias sobre el interés de los jóvenes europeos por participar en política. Haciendo esta salvedad, nos referiremos a los resultados europeos conocidos hasta inicios de la década del noventa, para complementarlos después con datos más actuales referidos a estudios realizados sobre el tema en España.

En relación al “interés por la política”, la pregunta de los Eurobarómetros mencionados se hallaba formulada de la siguiente manera:

“¿Cuáles son las cosas que más le interesan en la vida? ¿Podría decirme cuáles de las cosas señaladas en esta lista son las que a usted le interesan verdaderamente?”

A continuación se le presentaba a los entrevistados una lista de doce opciones, de las cuales debían escoger sólo una, incluyendo la posibilidad de responder “ninguna de ellas”.

Mientras que en el primer lugar de las respuestas obtenidas figuraba “el medio ambiente, la protección de la naturaleza, la ecología” (51 %), los últimos tres lugares los ocupaban “la política internacional” (14 %), “la política nacional” (13 %) y “ninguna de todas ellas” (3 %). El Eurobarómetro 90 (Comisión Europea, 1991: 20) muestra la evolución de los centros de interés de los jóvenes entre 1982 y 1990.

Una diferenciación de las respuestas referidas al “interés por la política” (internacional y nacional) muestra que, en un contexto de bajo interés general, los jóvenes de países como Dinamarca (25 % en 1982 y 22 % en 1990), la ex República Democrática Alemana (20 % en 1982 y 30 % en 1990), la ex República Federal Alemana (18 % y 19 %), Portugal (17 % y 18 %) y Luxemburgo (23 % y 15 %) se ubican claramente sobre la media europea, mientras que todos los de-

más se ubican o en la media o por debajo de ella. Entre los jóvenes que manifiestan menor interés por la política se hallan aquellos de los Países Bajos (17 % en 1982 y 11 % en 1990), Italia (14 % y 12 %), Grecia (13 % y 13 %), Francia (14 % y 10 %), Bélgica (12 % y 8 %), Reino Unido (9 % y 10 %), España (8 % y 9 %) e Irlanda (7 % y 10 %) (Comisión Europea, Eurobarómetro 1990: 22). La diferenciación de los datos del Eurobarómetro 1990 por género y edad, muestra que los varones de 20-24 años son los que tienden a mostrar mayor interés por la política nacional e internacional (19 % nacional y 19 % internacional) versus 14 % en ambas categorías para las mujeres. Algo similar sucede, a un nivel más bajo de interés, con los jóvenes de menor edad (15-19 años: aquí los varones están representados en un 14 y 12 %, mientras que sólo un 8 % de las mujeres muestra interés por la política nacional o internacional).

Los datos panorámicos aquí presentados son corroborados por distintas fuentes nacionales. Así, por ejemplo, el *Informe Juventud en España 1992* (INJUVE, 1993: 204) muestra que el desinterés por la política alcanza al 78 % de los jóvenes (el 40 % dice que la política no les interesa “nada” y el 38 % “poco”). Sólo uno de cada cinco jóvenes dice estar interesado en la política. De ellos sólo un 4 % dice estar “muy interesado” (INJUVE, 1993: 205).

Estos datos son muy similares a los obtenidos por una encuesta de juventud realizada por el CIS en 1989 (CIS, 1990: 227-277), aunque el porcentaje de jóvenes interesados en la política parece haber aumentado ligeramente en los tres años que pasaron entre una encuesta y otra.

Las mismas diferencias por género observadas en los Eurobarómetros se manifiestan en el *Informe de Juventud en España 1992*: el 26 % de los varones y el 17 % de las mujeres afirman interesarse “mucho” o “bastante” por la política (ver pág. 205, gráfico 7.10). Además de estas diferencias por género, existen otras diferencias sociográficas en cuanto al interés por la política, en particular en relación a la edad, el nivel educativo y la posición social de los entrevistados. Como lo muestran los cuadros 7.18 y 7.19 (INJUVE: 1993: 206-207), el interés por la política aumenta con la edad y crece significativamente a medida que se eleva la posición social y el nivel de estudios de los entrevistados. También el tipo de actividad desarrollada (“sólo estudia”; “estudia y trabaja”; “no estudia”; “sólo trabaja”; “busca trabajo”; “tareas del hogar”) es un factor diferenciador del interés por la política.

Es interesante destacar que el interés de los jóvenes por la política en el caso español varía de acuerdo al autopoicionamiento político y al grado de afiliación a asociaciones voluntarias. Tomando como indicador la tradicional escala de 1 a 10 (de extrema izquierda a extrema derecha), el *Informe Juventud en España 1992* muestra que la mayoría de los jóvenes continúa situándose en posiciones de centro y de centro-izquierda. El 25 % de los jóvenes se sitúa en posiciones de izquierda moderada (puntajes 3 y 4 de la escala) y el 33 % se ubica en las posicio-

nes centrales (5 y 6); mientras que sólo el 10 % se sitúa en la derecha (7 y 8), el 6 % se sitúa en posiciones radicales de izquierda (1 y 2), y el 2 % en posiciones radicales de derecha (9 y 10). Los datos del informe muestran además que el autopercepción política varía fuertemente entre los grupos en función del interés manifestado por la política, y varía bastante según los jóvenes formen parte o no de una asociación. Así, el 20 % de los que se interesan “mucho” por la política se sitúa en la extrema izquierda y el 35 %, en las posiciones de izquierda o centro-izquierda. A medida que disminuye el interés por la política, aumenta el número de jóvenes que se sitúan en el centro y que no se ubican en la escala (INJUVE, 1993: 210).

En Alemania, al igual que en España (a pesar de las diferencias que se manifiestan entre ambos países en los resultados del Eurobarómetro 90), el interés de los jóvenes por la política, en comparación a la significación que le dan a otras áreas de interés (“estudios”, “ocio”, “trabajo”, etc.) también puede considerarse como relativamente bajo. Así, por ejemplo, en los diferentes estudios Shell desarrollados entre 1982 y 1997 se manifiesta una disminución del interés de los jóvenes alemanes por la política, que en el grupo etéreo de 15-24 años baja del 55 % en 1991, al 47 % en 1996. Las diferencias por género y región, medidas entre 1991 y 1996 con el mismo instrumento, pero referidas al grupo de 13-24 años, varían para los varones de un 58 % en 1991 a un 48 % en la ex RFA, y de un 56 % a un 41 % en la ex RDA. Para las mujeres, las variaciones entre 1991 y 1996 van del 47 % al 37 % en la ex RFA y del 58 % al 44 % en la ex RDA. Si bien estos datos muestran una alarmante disminución del interés manifestado por los jóvenes por la política (8 puntos en el tramo etéreo de 15-24 años y 10 puntos para el de 13-24 años), siendo especialmente alta la disminución observada entre las mujeres y entre los jóvenes de la ex RDA, el porcentaje de los interesados en política sigue superando en promedio el 40 %, lo que comparativamente es una tasa de interés bastante aceptable.

El estudio-panel “Juventud y Política” del DJI (Hoffmann-Lange, 1995), realizado sobre la base de una muestra representativa de algo más de 7.000 casos y cuyo trabajo de terreno fue realizado en 1992 (una primera replicación se realizó en 1997), confrontó a los entrevistados (al igual que en las encuestas Eurobarómetro) con una pregunta referida al grado de interés por la política. La pregunta fue planteada en términos comparativos, es decir, se esperaban respuestas que estuviesen en relación con el interés demostrado por los entrevistados hacia otras áreas de interés, como por ejemplo “ocupación y trabajo”, “los amigos”, “el ocio”, “la formación académica o vocacional”, el “tener pareja”, etcétera.

Entre estas opciones, el interés por la política obtiene puntajes relativamente bajos, por lo general menores que el interés por cada una de las otras áreas. Esta disparidad es mayor –al igual que en el caso español– en los grupos de menor edad (16-19 años), aunque no cambia significativamente a medida que aumenta

la edad. Si bien con el avance de la edad (20-29 años) se observa un debilitamiento del interés por el área de los estudios y la formación vocacional, esta disminución es compensada por un aumento del interés en el área ocupacional y de constitución de una familia propia. De todos modos, no se observan grandes aumentos del interés por la política.

Al igual que en España y que en otros países europeos, también en Alemania el interés por la política es diferente de acuerdo al sexo de los entrevistados. Tanto en Alemania Occidental como en Alemania del Este, las mujeres afirman estar menos interesadas en política que los hombres. Al igual que en los demás países, la variable “nivel educacional” también actúa como factor diferenciador en cuanto al interés por asuntos vinculados a la política. A mayor nivel de educación formal, más alta es la proporción de personas que dicen tener “alto” o “muy alto” interés por la política.

La replicación del estudio-panel del DJI en 1997 muestra que mientras en el este de Alemania el interés por la política continúa disminuyendo, en la parte occidental, es decir en la antigua RFA, tiende a aumentar. Según este estudio, mientras ahora sólo un 17 % de los adolescentes y adultos jóvenes del este continúa manifestando interés por la política, en el oeste un 25 % de los entrevistados manifiesta un “fuerte interés” por ella. Las variables sociodemográficas de edad, formación educacional y género diferencian estos resultados de la manera ya conocida: cuanto más jóvenes los entrevistados y menos formación escolar tienen, tanto más bajo es su interés por la política. Al igual que en 1992, los varones muestran un mayor interés por la política que las mujeres (“Encuesta sobre la Juventud de 1992 y 1997”, en Gille y Krüger, 1998: 3). En Italia el instituto de investigación IARD viene desarrollando estudios nacionales de juventud desde comienzos de los ochenta (IARD: 1983, 1987, 1992 y 1996), basados en muestras representativas de unos 2.500 casos (seleccionados entre el grupo etáreo de 15 a 29 años).

A diferencia de los resultados obtenidos en los estudios realizados por IARD entre 1983 y 1992, esta encuesta permite observar un renovado interés de los jóvenes por la política.

Durante la década que va entre 1982 y 1992, los indicadores referidos a actitudes vinculadas al “interés por la política” (i) (“estoy bien informado sobre política, pero no directamente involucrado”) y a la “delegación de responsabilidades” (d) (“creo que es mejor dejar la política a aquellos que son más competentes que yo”), se hallaban básicamente en un situación de equilibrio ((i) = 44,2 % en 1983; 39,3 % en 1987; 39,4 % en 1992 vs. (d) = 44,2 % en 1983; 42,1 % en 1987 y 36,4 % en 1992). En la encuesta de 1996 esta situación cambia radicalmente: la actitud indicadora de interés aumenta al 50,5 %, y aquella que indica delegación de la política en otros (“profesionales”) disminuye al 26 %. Estos datos demuestran que lo que disminuye no es el interés por la política sino la credi-

bilidad de aquellos que la practican, es decir aquellos a los que antes se consideraba como “competentes”. Junto con los datos que muestran un aumento del disgusto de los jóvenes con la política (12.0 % en 1983; 15,8 % en 1987; 20,4 % en 1992 y 19,9 % en 1996), estos resultados parecen indicar que se está desarrollando entre los jóvenes no sólo desencanto con la política, sino una especie de nueva conciencia sobre “lo político”, que incluye la convicción de que la política ya no se puede “delegar” en sus profesionales.

En el caso de Francia, aparte de los datos aportados por el Eurobarómetro, son interesantes los citados por Olivier Galland (1991), que si bien no son los más actuales, van en la misma dirección que los analizados hasta ahora para otros países miembros de la Unión Europea.

Uno de los rasgos distintivos de las actitudes de la juventud francesa hacia la política es el descreimiento creciente en los partidos políticos y la desafección por participar en el juego electoral (Percheron, 1987). Este fenómeno se puede observar en todas las categorías etarias y particularmente en los más jóvenes. La tasa de no inscripción en los registros electorales así como las tasas de abstención eran ya a finales de la década del ochenta muy altas: 48 % de no inscriptos entre los jóvenes de 18/19 años vs. 9 % del conjunto del cuerpo electoral. El desinterés por la política entre los jóvenes franceses también se manifiesta en relación a aquellas preguntas que se refieren al interés por diferentes formas de asociacionismo. Entre los jóvenes de 15-24 años, los partidos políticos eran, aparte de las asociaciones religiosas, los que menos interés despertaban en los jóvenes (véase al respecto los datos de los diferentes Eurobarómetros).

4.2. Confianza en las instituciones

Tanto los datos recién presentados, que documentan un supuesto desinterés de los jóvenes por “la política” –por lo menos en relación a las formas institucionalizadas de practicarla–, así como el hecho de que la participación de los jóvenes en elecciones, partidos políticos y organizaciones sindicales haya disminuido sobreproporcionalmente en los últimos años, llevan a plantear la pregunta de cuál es el grado de confianza que los jóvenes aún tienen en las instituciones democráticas (Kleinheinz, 1995: 100). ¿Es que la distancia y el escepticismo actual de los jóvenes en relación a las formas institucionalizadas de participar en política son un fenómeno general, o es que se refieren más bien a una expansión del repertorio de formas posibles de expresión democrática, en que las formas convencionales entran a ser relativizadas y complementadas por otras menos formales y burocráticas? Para responder a estas preguntas analizaremos a continuación los resultados de algunas investigaciones desarrolladas en países de la Unión Europea, que en parte dan una respuesta a ambas cuestiones.

En Alemania, la primera encuesta del DJI sobre “Juventud y Política” (1995) revela un hecho interesante: a dos años de la reunificación, es decir en el breve lapso de tiempo en que ambas partes de Alemania tienen instituciones políticas comunes, el grado de credibilidad de las instituciones democráticas entre los jóvenes del este y del oeste (16-29 años) es bastante similar. El nivel de confianza en las instituciones en general, sin embargo, se mantiene más bajo en el este que en el oeste. En detalle, las tendencias observadas son las siguientes:

- Tanto en el este como en el oeste, son *menores los grados de confianza* que depositan los jóvenes en los partidos políticos, las iglesias, la industria, los grandes negocios, el Gobierno Federal, las Fuerzas Armadas y (en el este) también en la prensa, que en las demás instituciones ofrecidas como opción de respuesta en la pregunta correspondiente (el Parlamento, la Corte Federal [Suprema] de Justicia, las Cortes Estatales de Justicia, la Policía, los sindicatos, la televisión, etc.).
- Mientras que en Alemania occidental entre un quinto y un tercio de los encuestados expresa tener confianza en estas instituciones, en Alemania oriental escasamente más de un cuarto expresa tener confianza en ellas.
- Los *partidos políticos* son las instituciones que *menor confianza* suscitan en los ciudadanos jóvenes (23,4 %). Las instituciones que, en orden de mayor a menor, obtienen los *mayores márgenes de confianza* entre los jóvenes son: Green Peace, la Corte Federal (Suprema) de Justicia, las iniciativas ciudadanas (locales), las Cortes Estatales de Justicia, la policía, los sindicatos, la televisión, la prensa (Hoffmann-Lange, 1995: 259-260).

Estas tendencias se repiten en la encuesta Shell de 1997, en la que también se observa un grado de confianza relativamente bajo en las instituciones políticas. La mayoría de los jóvenes opina que las instituciones políticas (partidos, parlamentos, consejos municipales, gobiernos regionales, consejos de juventud, etc.) “no estarían en condiciones de resolver los grandes problemas sociales de la actualidad”. Ante la pregunta:

“¿Cree que en el futuro habrá un puesto de trabajo adecuado para cada joven y que el desempleo tenderá a desaparecer?”

Sólo un 7% responde que “probablemente” y el 1% está “seguro” de ello. Por otra parte, mientras que la afirmación “No existe un partido que represente los intereses de los jóvenes” recoge un 60 % de acuerdo por parte de los encuestados, la afirmación “Los políticos son los culpables del desinterés de los jóvenes por la política” concentra el 85 % de acuerdo y el 86 % de los entrevistados está de acuerdo en afirmar que “en el futuro vamos a sufrir las consecuencias de los errores de la política actual”. En su conjunto, estos datos muestran que también en Alemania los partidos políticos gozan, comparativamente, de la menor credibilidad y confianza entre todas las organizaciones sociales y políticas.

Sólo un 9 % de los entrevistados en la encuesta Shell 1997 se decidía, en una escala de 5 posicionamientos posibles, entre las alternativas polares “muy poca confianza”/“muchísima confianza”, por las opciones: “tengo confianza” (nivel 4 en la escala) o “tengo mucha confianza” (nivel 5). Este bajo grado de confianza y credibilidad en los partidos políticos podría ser una de las razones por la cual la generación joven encuentra tan pocos puntos de contacto con el sistema político. Así, por ejemplo, el 38 % de los entrevistados dice no sentirse cercano a ningún partido político e incluso las simpatías por determinados partidos son bastante difusas y complejas: los simpatizantes de los partidos Demócrata Cristianos/Socialcristianos expresan a su vez simpatías por los grupos ecologistas, mientras que los simpatizantes del partido Alianza 90/ Los Verdes (ecologistas) ya no rechazan de manera tan radical los estilos de vida juveniles de corte consumista, en parte simbolizados por los primeros.

En Austria, Fritz Plasser y Peter A. Ulram, en su análisis del comportamiento político y electoral de los jóvenes austríacos entre 1960 y 1996 llegan a la conclusión de que durante las últimas dos décadas se han producido cambios radicales en la cultura política de este país, que pueden ser interpretados como resultado de un cambio generacional en las identificaciones y afiliaciones sociales, culturales y políticas tradicionales. Los procesos de *desafiliación* y *desidentificación* observados serían, sin embargo, sólo un factor entre otros a la hora de caracterizar dichos cambios (Plasser y Ulram, 1999: 51-60). Entre otros factores determinantes del cambio en la cultura política austríaca los autores enumeran:

– una creciente sensación entre los jóvenes austríacos de aumento de la “propia eficacia política”, es decir un aumento de la percepción de la propia competencia política, en contraposición con la creciente percepción de un *bajo nivel de eficacia/competencia de la política “externa” (“profesional”)*, es decir de la capacidad de respuesta del sistema político a las demandas de los ciudadanos. Este fenómeno puede considerarse como equivalente al observado entre los jóvenes italianos, que tienden a confiar cada vez menos en el principio de delegación, es decir de dejar la actividad política en manos de profesionales de la política;

– una creciente erosión de la confianza en los partidos políticos y en los políticos mismos, así como en las instituciones que organizan y articulan los diferentes sectores y grupos de intereses en la sociedad civil (Ulram, 1990). Esta falta de confianza política se manifestaría no sólo en relación a áreas como “la moral política” o los “estilos de hacer política”, sino también en relación a la evaluación crítica de los resultados (*outputs*) del sistema político. Es así que en los años noventa alrededor de la mitad de los votantes (no sólo de los electores jóvenes) está convencida de que las medidas políticas adoptadas por el gobierno austríaco, así como por las autoridades regionales y locales, a menudo o casi siempre no son efectivas. El porcentaje de jóvenes que cree que “los políticos están haciendo mal su trabajo”, es aún mayor.

El sentimiento de insatisfacción respecto a la (in)eficiencia del sistema político ha venido siendo reforzado en los últimos años por el surgimiento de nuevos problemas sociales. Así, por ejemplo, como consecuencia de factores “externos” (apertura de las fronteras hacia el este después de 1989; integración a la Unión Europea en 1994) e “internos” (programas de consolidación presupuestaria; dificultades con el mercado laboral y con el sistema de seguridad social), van surgiendo nuevos temas políticos, como la inmigración, el desempleo, la delincuencia, etc., para los cuales es difícil hallar soluciones a corto plazo, por lo que progresivamente dichos temas comienzan a dominar el escenario político. Estos “temas” son tratados por los actores políticos de manera extremadamente emocionalizada, lo que a su vez repercute en la percepción negativa que tiene el “público” de la política. La sensación dominante, generalizada también entre los jóvenes, de que los partidos políticos no son capaces de solucionar dichos problemas ni de controlar el clima de agresividad observable en una parte del electorado, va generando un creciente desencanto con los partidos políticos tradicionales, que han ocupado el centro del escenario político austríaco de la posguerra. Sin embargo, según los autores que comentamos, a pesar de dichas críticas a la “cultura” del sistema político, los ciudadanos austríacos, incluidos los jóvenes, siguen considerando como necesaria la existencia de las instituciones políticas, y siguen respetando las reglas del juego democrático. Así, por ejemplo, si bien la mayoría del electorado redujo rápidamente sus expectativas en relación a los beneficios que implicaría la entrada a la Unión Europea, sólo entre un 10-15 % ha votado en favor de una retirada de Austria de dicha Comunidad.

En España, el estudio de Manuel Martín Serrano, *Los valores actuales de la juventud en España* (1991), destaca que cuando se les pregunta a los jóvenes por las personas o instituciones que les inspiran mayor confianza, en su gran mayoría responden que se fían más de las relaciones interpersonales que de las instituciones, cualesquiera que éstas sean.

Si bien esta mayor confianza en las relaciones primarias, no institucionalizadas, es un rasgo característico de la juventud, a él se le suma sin embargo el hecho de que en los últimos años se ha reducido cada vez más el número de jóvenes que confían más en las instituciones que en su propio “capital social”. En el trabajo de Serrano, de una lista con 22 opciones de respuestas presentadas a los entrevistados, los porcentajes más altos de confianza otorgados por parte de los jóvenes españoles los reciben categorías como la familia/la pareja (86 %) y los amigos/compañeros (81 %). Todas las opciones de respuestas referidas a instituciones (ej. la iglesia, el sistema de leyes, el Parlamento del Estado, el sistema de enseñanza, los sindicatos, la política (1 %), la prensa, las Fuerzas Armadas, las grandes empresas, el Parlamento de su comunidad autónoma, los funcionarios, etc.), reciben en conjunto un 14 % del “voto de confianza” de los jóvenes. Sin embargo, como se verá en la sección siguiente, a pesar de este bajo nivel de confianza en las instituciones, los jóvenes españoles siguen demostrando un alto gra-

do de identificación con el sistema político democrático de su país. Lamentablemente, el *Informe Juventud en España 1996*, elaborado por el mismo autor, no incluyó este tema en la agenda de las cuestiones allí estudiadas, de modo que no es posible por el momento actualizar estos datos.

En Portugal, José Machado Pais y otros (1998), en su excelente estudio sobre *Geracões e Valores na Sociedade Portuguesa Contemporânea* (Generaciones y valores en la sociedad portuguesa contemporánea), confrontaron a sus entrevistados con una lista de quince instituciones sociales y políticas, solicitándoseles responder si dichas instituciones les merecían mucha o poca confianza. Los resultados muestran, en primera instancia, un contexto mayoritario de escasa confianza institucional (Machado Pais y otros, 1998: 210).

Del total seleccionado, las instituciones que mayor credibilidad (indicador “muchísima confianza”) merecían entre el conjunto de los encuestados, incluidos los jóvenes, eran: la escuela (62,3 %), la iglesia (62,7 %), los hospitales (59,9 %) y los bancos (55,6 %). Con índices de confianza mucho menos pronunciados, aunque bastante próximos al 50 %, en el indicador “muchísima confianza” se ubicaban los Tribunales de Justicia y las Fuerzas Armadas.

Por otra parte, son las instituciones que tienen la función de asegurar el funcionamiento regular de la democracia las que menos confianza inspiran al conjunto de los portugueses: en el indicador “poca confianza”, los partidos políticos (con 79,5 %, los más penalizados), el Parlamento (76,1 %) y el gobierno (71,8 %), son las instituciones en relación a las cuales se expresa la mayor desconfianza, sentimiento que se prolonga de manera algo más atenuada a las autoridades locales, los sindicatos y el Estado. Las organizaciones empresariales (55,4 %), la policía (60,9 %) y la prensa (54 %) son instituciones que tampoco gozan de mucha confianza.

En el marco de esta desconfianza generalizada de los portugueses respecto de sus instituciones políticas, es interesante constatar que los niveles de confianza en las instituciones de tradición más bien autoritaria, como la iglesia, las Fuerzas Armadas y la Policía, siguen siendo altos. También es interesante observar que la desconfianza en las instituciones tradicionales así como en aquellas instituciones políticas y de regulación democrática (no se incluyen aquí las sociales), como el Estado, el Parlamento, el gobierno, los partidos políticos, las autoridades locales, los sindicatos y el empresariado, tienden a decrecer con la edad. Mientras más jóvenes son los encuestados, menor es el grado de confianza en las instituciones mencionadas. Esto es particularmente cierto para el caso de la iglesia (que en todas las demás clases etáreas sigue manteniendo un alto grado de confianza), la Policía, el Estado, el empresariado y las autoridades locales. Esta tendencia se observa también –a un nivel de desconfianza más bajo– en relación a los sindicatos, las Fuerzas Armadas, el Gobierno, el Parlamento y los partidos políticos (Machado Pais y otros, 1998: 212-213).

Las tendencias que acabamos de señalar respecto de las instituciones más aflijidas en cuanto a su credibilidad entre los jóvenes, pueden ser interpretadas como manifestación del cambio intergeneracional a nivel de la cultura política de los diferentes países estudiados. Tales cambios en la cultura y las actitudes de los jóvenes hacia la política se corresponden con nuestras hipótesis iniciales sobre cambio social e individualización planteadas en nuestro marco conceptual. Los datos nos revelan una relación cada vez más problemática de los jóvenes con aquellas instituciones políticas y sociales percibidas por ellos como de naturaleza “conservadora”, “conformista”, “autoritaria” o “instrumentalizante”, es decir instituciones vistas ya sea como representantes y adalides de valores tradicionales (e. g. de la “manutención del orden” y de la “autoridad”) o como representantes de un modelo de sociedad de perfil más “materialista”, “colectivizante”, “estatizante”, cuyos actores políticos son vistos en general como ineficientes y sólo preocupados por su propio progreso. La credibilidad depositada en las instituciones políticas por los entrevistados demuestra estar estrechamente ligada a su status socioeconómico y a su nivel de educación formal. Así, por ejemplo, el prolongamiento de la educación formal y la mejora de las condiciones de vida parecen determinar una mayor actitud crítica en relación a las diferentes instituciones: mientras que, por un lado, se constata que la población analfabeta, o con menor nivel de instrucción, junto con la de nivel socioeconómico más bajo, son las que se muestran menos críticas y escépticas respecto del funcionamiento institucional, por el otro puede observarse que la credibilidad de muchas de estas instituciones tiende a disminuir con un más elevado status social y un mayor nivel de instrucción formal, siendo instituciones como la iglesia, la Policía, el empresariado y el Estado, así como las instituciones de regulación democrática (partidos políticos, elecciones, parlamentos, gobiernos nacionales o estatales, consejos municipales, etc.) aquellas en que los coeficientes de variación en la confianza depositada alcanzan los valores más altos.

Finalmente puede observarse también que la relación de confianza/desconfianza en las instituciones sociales y políticas depende del autopercepción política de los entrevistados. Así, por ejemplo, la confianza en las Fuerzas Armadas, la Policía y la Escuela crece a medida que los posicionamientos se van moviendo de la extrema izquierda hacia el centro y la centro-derecha. Lo mismo sucede con los partidos políticos, pero a un nivel de confianza mucho más bajo. A la inversa, el grado de confianza en la prensa aumenta, a medida que los sujetos se van posicionando más hacia la izquierda.

4.3 Participación política

4.3.1 Participación política institucional

En Alemania, según el primer relevamiento realizado en 1992, en el marco del estudio-panel “Juventud y Política” del DJI (Hoffmann-Lange, 1995), la par-

participación juvenil en partidos políticos alcanza en la antigua RFA en el caso de los varones a un 3,7 % y en el de las mujeres al 2,6 %; es decir, un promedio de afiliación juvenil en los partidos políticos del 3,2 %. En la ex RDA la afiliación política de los varones llega al 4,3 % y la de las mujeres al 2,7 % (promedio: 3,5 %). El mismo bajo grado de afiliación de los jóvenes a organizaciones políticas se observa en la mayoría de los países de la Unión Europea, con excepción de Grecia. En España, por ejemplo, la afiliación a organizaciones políticas juveniles alcanzó en 1995 entre los hombres un 0,9 % (en 1991 había alcanzado un 2,5 %) y entre las mujeres el 1,0 % (en 1991 había alcanzado un 1,9 %). La participación en organizaciones juveniles sindicales es aún más baja, mientras que la afiliación a organizaciones juveniles confesionales (cerca de determinados partidos políticos), si bien es algo más alta, a su vez no alcanza valores superiores al 10 % (Comisión Europea, 1997).

Sin embargo, de acuerdo a diferentes indicadores, el bajo nivel de participación institucional (afiliación) no significa que los jóvenes europeos no manifiesten interés por la política. Así, por ejemplo, en el estudio-panel del DJI (1995), en los antiguos estados federados (oeste), un 20,6 % de los entrevistados manifestaba un “fuerte” interés por la política y un 40,8 % un interés “mediano”, mientras que en los nuevos estados federados (este) estas categorías recogían el 22,3 % y el 42,4 % respectivamente. Datos similares pueden citarse para otros países (Dinamarca, Italia, Austria, etc.), de lo que se puede deducir que el desencanto observable en la mayoría de las encuestas es más bien referido a las formas de hacer política de los adultos que al interés mismo por participar en política.

4.3.2. Participación no convencional

El interés de los jóvenes alemanes (y de otros países europeos) por participar políticamente, así como su identificación con el sistema democrático como forma de gobierno, se expresa en el hecho de que la mayoría prefiere expresar su voluntad combinando formas alternativas, espontáneas e informales de participación (que generalmente se dan en formas de “acción directa”) con formas constitucionalmente institucionalizadas y formalizadas de participación ciudadana. Así, por ejemplo, el 80,4 % de los jóvenes mayores de 18 años (en edad electoral) entrevistados por el estudio del DJI en 1992 afirma haber participado en las últimas elecciones, siendo mínimas las diferencias por género pero significativas por región: 86,7 % en la ex RFA y 80,4 % en los nuevos estados federados. La abstención consciente alcanza al 14,1 % en el oeste y al 10,5 % en el este. El votar por partidos “extremistas” de derecha o izquierda alcanza un 5,8 % en la antigua RFA y al 5,0 % en la ex RDA. Sólo un 2,8 % de los entrevistados en el oeste y 6,6 % en el este, declaran haber ejercido formas de violencia, ya sea contra objetos o contra personas y como forma de manifestación o expresión política. Por otra parte, entre los canales de participación política más utilizados por los entrevistados en 1992, se hallaban:

- recolección de firmas (52 % en el este y 49,1 % en el oeste),
- participación en manifestaciones legalmente permitidas (50,6 % en el este y 28,8 % en el oeste),
- participación en discusiones públicas (26,1 % en el este y 20,7 % en el oeste),
- actividades en gremios o instancias abiertas de participación pública, por ejemplo mesas redondas, organismos de participación universitaria, etc. (algo más del 16 % en ambas regiones),
- participación en una huelga sindical (9,3 % en el este y 8,5 % en el oeste),
- participación en una iniciativa ciudadana (4,3 % en el este y 7,0 % en el oeste).

La participación de los jóvenes en formas no legales/ilegales (pero no violentas) de expresión es relativamente alta: en manifestaciones no autorizadas la participación juvenil llega al 37,4 % en el este y al 26,6 % en el oeste; la participación en huelgas ilegales alcanza al 16,4 % en el este y al 12,0 % en el oeste, mientras que la ocupación de casas llega a niveles de participación del 19,2 % en el este y al 12,3 % en el oeste.

En el segundo relevamiento realizado en 1997, en el marco del estudio del DJI, al igual que en 1992, se les volvió a presentar a los entrevistados una lista referida a las diversas formas de participación política, de las cuales debían escoger aquellas por las que optarían personalmente, con el fin de ejercer influencia política en algún asunto de su interés o de interés público. Las alternativas de respuesta ofrecidas eran: “Lo haría, dado el caso” o “No lo haría de ninguna manera”. La comparación de los resultados entre 1992 y 1997 puede observarse en la tabla “Disposición de los jóvenes de 16 a 29 años a optar por ciertos comportamientos políticos según regiones, en 1992 y 1997, en %” (Gille y Krüger, 1998: 3). La mayor disposición a participar políticamente –tanto en 1992 como en 1997– se vincula en primer lugar a la recolección de firmas: 77,4 % y 78,2 % respectivamente en el oeste, y 83,3 % y 80,6 % respectivamente en el este. En segundo lugar a participar en una manifestación política autorizada: 62,1 % y 61,4 % respectivamente en el oeste, y 79 % y 64,5 % en el este. La menor disposición a participar tanto en el oeste como en el este se vincula al hecho de asumir una función pública: 19,1 % y 21,3 % en el oeste y 17,7 % y 14,4 % en el este. El ingresar en un partido político y trabajar activamente en él, representa la segunda “peor” opción de participación política para los jóvenes alemanes: 23,5 % y 23,2 % respectivamente en el oeste, y 21,1 % y 15,0 % respectivamente en el este.

En Alemania occidental, las graduaciones porcentuales han permanecido relativamente estables en relación a los dos levantamientos efectuados por el estudio-panel del DJI. En cambio, entre los jóvenes de la ex RDA, la disposición a participar en todas las formas antes mencionadas desciende claramente entre 1992 y

1997, con excepción de las “iniciativas ciudadanas”. Las formas de participación que más claramente han disminuido han sido la disposición a apoyar huelgas sindicales y a participar en manifestaciones políticas. En el primer caso, probablemente se reflejan en este cambio de actitud la reconversión industrial, el efecto de ésta sobre el mercado laboral y la debilitación de los sindicatos que ella ha producido; en el segundo caso, la pérdida de significación de un elemento específico de la cultura política del período correspondiente a la caída del muro de Berlín.

La mayoría de los estudios actuales sobre participación política muestra además que la relación asumida por trabajos de investigación más antiguos entre conocimiento político y participación va desapareciendo. Son justamente los jóvenes mejor informados, y aquellos que en las entrevistas individuales mejor argumentan políticamente, los que muestran el mayor grado de escepticismo respecto de la política tradicional, siendo a su vez estos jóvenes los que más se plantean la pregunta de si el compromiso político aún vale la pena y sus resultados compensan los esfuerzos invertidos en él. Según el estudio Shell, los jóvenes ven que sus intereses no se hallan representados en la política de los adultos, percibiendo como muy exiguas sus propias posibilidades de influenciarla. Tanto los datos del DJI como los del último estudio Shell (1997), así como otros realizados en Alemania Federal, sacan a la luz un resultado paradójico: no es que los jóvenes se desinteresen por la política sino que, por el contrario, se sienten dejados de lado, es decir no considerados por ella.

El *Informe Juventud en España 1992* (INJUVE, 1993) muestra que algo más de la tercera parte (34 %) de los jóvenes de 15-29 años está afiliado a alguna asociación. Esta tasa de asociacionismo es similar a la registrada en los estudios de Zárraga (1989), Elzo y otros (1989), así como en la encuesta sobre “Actitudes Políticas de la juventud en España” realizada por encargo del INJUVE por Ecoconsulting en 1991. Además, estos resultados se corresponden bastante con los de los Eurobarómetros 90 y 97. Sin embargo, según Serrano, quien se basa a su vez en los resultados de dos trabajos de Prieto (Prieto, 1991; 1992), es posible que estas cifras sobrevaloren el asociacionismo sin considerar el hecho de que el porcentaje de afiliación, hacia 1992, había descendido notablemente, situándose entre un 19 % y un 25 %, según el tamaño del municipio de residencia (Serrano, 1992: 180). En todo caso, según los resultados de los informes y estudios mencionados, la proporción de jóvenes participantes (afiliados) en asociaciones políticas es baja y varía poco de encuesta en encuesta: en 1988 (2,7 %), en 1991 (2,5 %) y en 1992 (2 %). Si a la participación política en 1992 le agregamos los porcentajes de participantes en asociaciones sindicales (3 %), profesionales (1,8 %), ecologistas (2,3 %), de estudiantes (3,7 %), entendiéndolas como organizaciones que pueden tener una fuerte orientación o impronta política, la proporción de los que participan activamente en este tipo de asociaciones en su conjunto no sobrepasa el 12,8 % del total de afiliados a asociaciones en general. Desde este punto de vista podemos decir que más aún que en Alemania, esta forma institucionalizada de participación activa de los jóvenes

españoles en agrupaciones políticas o “parapolíticas” es muy débil. En cuanto a otras formas de participación “institucionalizadas”, por ejemplo el participar en elecciones, el *Informe Juventud en España 1992* muestra que ante la pregunta:

“¿A qué partido votarían en el caso de que en este momento se celebrasen elecciones generales y tuvieran la edad legal para participar de ellas?”

El 45 % declara su intención de votar un partido, el 15 % se muestra indeciso, el 6 % no contesta la pregunta y el 34 % declara que no votaría (INJUVE, 1993: 211). La actitud favorable a participar en las elecciones es significativamente mayor entre los que se declaran “muy interesados” o “bastante interesados” por la política, y se reduce a un 29 % en el grupo de los que dicen no estar “nada interesados”. Los jóvenes que no se interesan por la política y los que tienden a ser abstencionistas no rechazan, sin embargo, el sistema democrático. Los indecisos y los abstencionistas fundamentan su actitud en su insatisfacción con los partidos políticos (40 %) o en su desinterés por la política (41 %). El sistema político sólo es rechazado por el 2,2 % de los encuestados.

En la encuesta de Ecoconsulting sobre las “Actitudes Políticas de la Juventud en España” (INJUVE, 1991) se exploraron, entre otros aspectos, aquellos referidos a la aceptación de las diferentes formas de participación política y a la realidad de la participación política de los jóvenes. Entre los resultados obtenidos se destaca el hecho de que la juventud valora muy positivamente aquellas formas de participación política que *no* implican protagonismos específicos; en otros términos, que no exigen aquello que los jóvenes consideran como “deberes sociales”. Apesar del abstencionismo potencial del que habla el *Informe Juventud en España 1992*, resulta que para los jóvenes españoles la acción de votar resulta ser el mejor signo de participación política, seguido de la participación en organizaciones sociales y el seguimiento de la actividad política a través de los medios de comunicación, o sea, el estar informado. Otras formas institucionales y semi-institucionales, como “apoyar económicamente a un partido o candidato”, “militar en un partido”, haber sido un “cargo político o candidato” en alguna elección, intentar “convencer a alguien de que vote o se adscriba a un partido”, “defender y hablar con frecuencia de temas políticos”, obtienen valoraciones menores aunque tampoco demasiado bajas (INJUVE, 1991: 24).

Establecido este ranking de valoración de determinadas prácticas políticas, los jóvenes fueron confrontados con dos preguntas referidas a la participación real en esas modalidades, y al interés que tales prácticas despiertan en ellos. Concretamente se les formularon las siguientes preguntas:

- “En tu caso particular, dínos si en el último año te has encontrado o no en cada uno de los anteriores supuestos, es decir, en cuáles de estas formas has participado.”
- “¿Cuáles de estas formas de participación te parecen interesantes, cuáles podrías llegar a realizar y cuáles no?”

Los resultados demuestran que los valores asignados a las prácticas reales son mucho más bajos que aquellos que se considera “interesantes”. Así, por ejemplo, en el caso de la participación en elecciones, mientras el 53 % de los entrevistados dice haber participado, el 86 % encuentra esta forma de participación “interesante”. Algo similar sucede con formulaciones como:

- “Seguir frecuentemente la información política en los medios de comunicación”: un 48 % efectivamente lo hace, pero un 61 % encuentra que se trata de una práctica “interesante”.
- “Defender y hablar con frecuencia de temas políticos”: 30 % vs. 40 %.
- “Participar en sindicatos, asociaciones de vecinos, ecologistas, de derechos humanos u otras cuestiones de interés general”: 16 % vs. 53 %.
- “Intentar convencer a alguien de que vote o se adscriba a un partido”: 9 % vs. 20 %
- “Cooperar con un partido en una campaña electoral”: 4 % vs. 22 %.
- “Apoyar económicamente a un partido o candidato”: 2 % vs. 11 %.
- “Militar en un partido político”: 2 % vs. 14 %.
- “Haber sido cargo público o candidato en alguna elección”: 2 % vs. 10 %.

El análisis diferencial por género y edad de estas prácticas permite observar que mientras casi no hay diferencias significativas de participación real entre hombres y mujeres, sí las hay por edad. Si bien no se produce alteración en el orden relativo de las formas prioritarias de participación, son los sujetos de mayor edad los que se muestran más participativos.

Significativo es, en todo caso, el hecho de que la militancia y la cooperación con un partido político son las opciones que peores resultados obtienen (INJUVE, 1991: 26-30).

El *Informe Juventud en España 1992* incluye un extenso y detallado capítulo de Rafael Prieto Lacaci sobre “Asociacionismo, ideología y participación” (INJUVE, 1993: 179-215).

Aquí se describe y analiza la situación del asociacionismo juvenil en España a comienzos de la década del noventa, enlazando este análisis con los resultados de aquellas encuestas anteriores como *Informe Juventud en España 1988* (Zárraga, 1989), “Jóvenes Españoles 1989” (Elzo y otros, 1989) y la encuesta sobre “Actitudes políticas de la juventud en España” (Ecoconsulting, 1991), que ya hemos venido comentando. Si bien en dicho capítulo se analizan tanto los factores asociados a la participación juvenil en asociaciones (factores vinculados a las variables sexo, edad, estado civil, status socio-ocupacional, estudios realizados, autopercepción política e interés por la política), el tipo de asociaciones al que pertenecen, la vin-

culación existente entre vida asociativa y prácticas culturales, las demandas asociativas de los jóvenes no asociados, como el “interés por la política” y la “posición política y orientación electoral” de los entrevistados, es poca o nula la información que aporta en cuanto a las prácticas políticas reales de los jóvenes españoles en 1992.

Finalmente, y como ya lo dijéramos anteriormente, debido al hecho de que el *Informe Juventud en España 1996* no centra su foco de atención en la temática referida a la participación social y política de los jóvenes, se hace difícil establecer la tendencia de desarrollo que este tema ha seguido teniendo hacia mediados y finales de la última década, puesto que faltan datos e informaciones comparables, a nivel nacional, que lo permitan. Si bien es lamentable, es deseable que esto sea corregido en el último *Informe Juventud en España* de este siglo, que está siendo preparado por M.M. Serrano y probablemente sea publicado en el año 2000 por el INJUVE.

Conclusiones

Ser joven en Europa en la actualidad ya no es más una prolongación despreocupada de la infancia. Como estudiantes, los jóvenes de hoy se sienten amenazados por el problema del desempleo. En diferentes estudios realizados en diversos países europeos, confrontados con la pregunta “¿cuál es el problema principal de los jóvenes de hoy?”, un alto porcentaje de los entrevistados responde que el desempleo (real) o la amenaza de quedar desempleado después de abandonar la escuela o la formación profesional es su mayor preocupación (ej. Shell, 1997). Esta respuesta se da independientemente del género, la edad y el origen regional de los entrevistados. Esta vivencia de quedar o poder quedar fuera del mercado laboral puede ser vista como una especie de experiencia generacional generalizada de los jóvenes y adultos jóvenes de hoy, fuertemente determinante de sus expectativas y de sus sentimientos ambivalentes o pesimistas respecto del futuro.

Otra de las características de la generación de jóvenes y adultos jóvenes actuales es la articulación de un sentimiento de compromiso social y político “frenado”: estando, en principio, dispuestos a comprometerse social y políticamente, la mayoría de los jóvenes considera que les faltan organizaciones y estructuras que consideren adecuadas, es decir, con las cuales puedan identificarse y generar cambios efectivos en la sociedad. Es por ello que se identifican y mantienen vinculados por largo tiempo a sus propios estilos de vida y subculturas juveniles, las cuales –siguiendo una tendencia social generalizada– se hacen cada vez más difusas y flexibles.

¿Apolíticos o realistas?: las interpretaciones en boga respecto de su comportamiento y actitudes, que los consideran apolíticos, exageradamente individualistas y egoístas, no corresponden a la realidad juvenil actual, que si bien muestra

formas de solidaridad y compromiso social y político acordes a un diseño de vida individualista (con gran significado de la subjetividad), a la vez contiene representaciones e ideas muy precisas respecto de determinados objetivos sociales y políticos a conseguir.

Los datos presentados en este trabajo respecto de los cambios en las orientaciones de valores y la participación juvenil en los países de la Unión Europea requieren de una interpretación más diferenciada y compleja. Dichos datos deben ser analizados en el contexto de la modernización y el cambio social acelerado por el que están pasando estos países. Las tendencias observables además deben ser interpretadas como parte de las grandes transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales generadas por la unificación europea y por los procesos de globalización económica y mediática, cuyo mayor impacto probablemente se ejerce sobre la población joven. Si bien el problema del desempleo y la falta de puestos de formación profesional han pasado a ser la preocupación fundamental de la mayoría de los jóvenes europeos, en los hechos, la mayoría de los “perdedores” efectivos de los procesos de modernización, globalización y europeización se encuentran entre las personas de menor nivel educacional formal y entre los que residen en áreas económicamente deprimidas o que se encuentran en proceso de reconversión y/o transformación industrial. En el caso alemán, las mayores regiones afectadas por tales desarrollos son evidentemente los nuevos estados federados del Este. De ahí que no sea sorprendente encontrar en tales regiones un mayor desencanto por la política y la participación social, así como una mayor atracción por los grupos que se manifiestan violentamente (*skinheads*, neonazis, etc.).

Interrogados los jóvenes sobre las condiciones que para ellos serían necesarias para involucrarse en un posible compromiso social, comunitario, político o ambientalista, ponen de manifiesto aquellos valores de tipo “posmaterialistas” vinculados a la individualización y la autorealización de los que hablábamos en la introducción a este trabajo. Afirmaciones como “poder participar en la toma de decisiones, en particular en relación a aquellas actividades que uno mismo vaya a desarrollar”; “que pueda incorporar y realizar en esa actividad mis propios intereses, capacidades y habilidades”; “que el objetivo formulado se pueda alcanzar de manera más o menos adecuada”, son las respuestas más frecuentes dadas por los entrevistados respecto de las condiciones que exigen para participar social y/o políticamente (Schell, 1997). Mientras que la “orientación hacia el objetivo” y la “eficiencia de la acción” son un requisito particularmente importante para los mayores de 18 años, aspectos tales como “que participen los amigos”, “que me produzca placer”, “que sea algo distinto de lo que hago en la escuela”, “que nadie me haga prescripciones”, son especialmente importantes para los más jóvenes.

En este mismo encuadre, tanto el estudio Shell como otros realizados en Alemania y demás países europeos, muestran que el “valor de uso” de la motivación a participar manifestada por los entrevistados tiene una connotación fundamen-

talmente prosocial: aspectos “materialistas”, como por ejemplo “recibir una remuneración” o una “indemnización en tiempo libre” (de la escuela o del trabajo) –como prerrequisito o recompensa para participar o haber participado–, asumen para los jóvenes de las más diversas edades un carácter totalmente subordinado. Existe además consenso entre los encuestados en cuanto a que el compromiso social, comunitario o político que se asuma debe “producir placer”. El término “placer”, en este caso, no significa la realización de una necesidad hedonista autorreferida sino la alegría de vivenciar la propia efectividad del actuar, de lograr “poner algo en movimiento”, por ejemplo modificar algo que les parece anquilosado, ya sea al interior de un partido político, ya sea en el sindicato, en la iglesia, en una ONG o en la unidad de bomberos voluntarios del barrio. Placer significa en este caso el hecho de tener éxito en lo que uno o una se ha propuesto.

Del análisis de los diferentes estudios que hemos utilizado para este trabajo se desprende además que la participación de los jóvenes de la Unión Europea en asociaciones y organizaciones se caracteriza por orientarse fundamentalmente a la satisfacción de necesidades de ocupación del tiempo libre, y sólo muy secundariamente a la satisfacción de intereses sociales y políticos. Las asociaciones que más les interesan son las especializadas en organizar actividades recreativas y de ocio, fundamentalmente en el plano del deporte y, en bastante menor medida, en el plano cultural. En consecuencia, el tipo de participación observable es, como lo plantea Manuel M. Serrano, estrictamente funcional. Los asociados participan de manera selectiva en aquellas actividades de su asociación y se relacionan con ella a la manera en que lo hacen “clientes” cuando seleccionan una oferta de servicios. Esta interpretación, relativamente realista aunque poco “entusiasta”, puede ser vista desde una perspectiva algo más optimista si se la encuadra en la línea de análisis desarrollada en Alemania, a comienzos de los noventa, por R. Münchmeier, quien destacaba la importancia del “valor de uso” que la participación social y política debía tener para los jóvenes. De los estudios aquí comentados puede deducirse que para los jóvenes y los adultos jóvenes la supuesta contradicción entre “bien social” (actitudes altruistas o prosociales) y “utilidad personal”, casi no existe, o es menor y menos problemática de lo que se piensa. Así, por ejemplo, no es raro encontrar que sea un hobby privado (afición) el que conduce o allana el camino hacia el compromiso social o comunitario. A la inversa, la participación en un servicio o actividad comunitaria está al servicio de la configuración de lo individual, por ejemplo del propio desarrollo biográfico, tanto en el aquí y el ahora como en relación al futuro. Así, por ejemplo, el compromiso con la comunidad a través de una participación en actividades ambientales o sociales vinculadas a una participación en el “Servicio (Año) Ecológico” o “Servicio Social Voluntario” puede abrir las puertas a un futuro estudio vinculado a estas áreas y, a través de él, a una futura carrera profesional y/o política.

Si las interpretaciones de Serrano y Münchmeier son correctas, cabría preguntarse entonces si el estancamiento o retroceso observado desde hace bastante tiempo en la participación de los jóvenes en instituciones y organizaciones, cuyo

modelo asociativo se basa en la militancia activa de los asociados, puede deberse justamente a la falta de atención y consideración, por parte de estas instituciones y organizaciones, de las expectativas que los jóvenes tienen respecto del valor de uso de la participación.

¿Qué conclusiones prácticas podemos extraer? En vez de modernizar sus campañas publicitarias y su imagen de acuerdo a estudios de mercado hechos generalmente con una visión muy cortoplacista, los partidos políticos deberían comenzar por considerar estas necesidades y orientaciones “individualistas” de los jóvenes, sin entrar en valoraciones morales o moralistas de aquellos procesos y conductas que muchas veces ni siquiera comprenden en su total dimensión. Tal vez, en lugar de concentrarse en mejorar las “formas” en que las instituciones y organizaciones quieren hacer llegar su “mensaje”, las organizaciones sociales y políticas así como las asociaciones e instituciones comunitarias intermediarias, deberían ir abriendo formas de participación más directas, comenzando por dar más peso a la opinión y las decisiones de los jóvenes (organizados o no), en aquellos ámbitos que les son más inmediatos –la escuela, el centro barrial, la casa de juventud–, continuando después con la introducción de mecanismos de consulta directa y/o plebiscitarios de participación local o regional, como por ejemplo la instalación de “mesas redondas”, “cabildos” o “plebiscitos municipales” en relación a asuntos controvertidos pero de gran interés local. Desde esta perspectiva, la implementación de la participación juvenil en la vida social y política de la sociedad implica también que el mundo de los “adultos” debe dejar de enfrentar la subjetividad juvenil desde una visión infantilizante, es decir, dejar de ver a los jóvenes como seres dependientes e inmaduros que requieren de dirección y liderazgo (en el sentido negativo de la palabra) para no ponerse en peligro a sí mismos y a los demás. Por el contrario, de lo que se trata es de aceptar a los jóvenes como sujetos pensantes y actuantes, poseedores de una sensibilidad propia y una serie de competencias y habilidades que muchas veces superan con creces las de los adultos y que, antes de comprometerse en o con algo, reflexionan sobre la “utilidad” y el “placer” y que dicho compromiso les podrá aportar, tanto en su desarrollo personal como profesional.

En cuanto a las organizaciones juveniles sindicales, políticas, confesionales, de voluntariado, etc., los datos que acabamos de presentar nos inducen a pensar que dichas organizaciones deberían ir modificando sus formas de acción, de afiliación y de participación, de acuerdo con un patrón más acorde con los procesos de individualización y pluralización juvenil que hemos descrito. Dicho modelo debería ir tomando en consideración el hecho de que la condición juvenil ha dejado de ser una corta etapa de transición hacia la vida adulta para convertirse en una fase del ciclo vital con peso propio.

Ello significaría, desde nuestro punto de vista, no sólo una cierta diferenciación de las ofertas de participación de acuerdo con las necesidades e intereses de

los distintos tipos de jóvenes existentes en una sociedad altamente pluralizada, sino también una “destradicionalización” de las formas “clásicas” de organización, afiliación y participación que aún imperan en estas organizaciones y asociaciones. Ello implica que en su interior deben reducirse a un mínimo los mecanismos de participación burocráticos y fomentarse al máximo los instrumentos de participación directa y la apertura a los jóvenes no organizados. Una de las formas en que esto puede hacerse es brindando apoyo a aquellas iniciativas locales de jóvenes que surjan espontáneamente, asesorando a los jóvenes activos en ellas cuando quieran organizarse, por ejemplo en ONGs. Desde esta perspectiva, tampoco basta con establecer formas de representación y participación institucionalizadas, como los consejos de juventud, las mesas de concertación juvenil, las oficinas municipales de juventud, etc.; lo que se requiere además es reconocer y aceptar las múltiples formas autónomas de actividad y creatividad juveniles –deportivas, sociales, culturales, musicales y solidarias–, ayudando material o técnicamente a los que participan en ellas, para que allí puedan experimentarse a sí mismos y a la vez contribuir al desarrollo social y comunitario de la sociedad.

Bibliografía

- Beck, Ulrich (1986): *Risk Society, Towards a New Modernity*. Trans. from the German by Mark Ritter, and with an Introduction by Scott Lash and Brian Wynne. London: Sage Publications, 1992.
- Beck, Ulrich (1986): *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*. Frankfurt: Suhrkamp. 1986.
- Beck, U. (1988): *Gegengifte. Die organisierte Unverantwortlichkeit*. Frankfurt: Suhrkamp.
- Bucchi, Massimiano (1997): "Living conditions and life perspectives of young people in Italy", en: *Diskurs* 1/97, p. 72
- Comisión Europea [Commission des Communautés Européennes] (1991): *Les Jeunes Européens en 1990*, Bruselas, Luxemburgo.
- (1997): *The Young Europeans. Eurobarometer 47.2.*, Bruselas, Luxemburgo.
- Friedrich y Förster (1997): "Politische Orientierungen ostdeutscher Jugendlicher und junger Erwachsener im Transformationsprozeß", en H. Sydow (comp.), *Entwicklung und Sozialisation von Jugendlichen vor und nach der Vereinigung Deutschlands*, Opladen, Leske und Budrich.
- Ecoconsulting (1991): "Actitudes políticas de la Juventud en España", en INJUVE (comp.), 1991, Madrid.
- Fend, Helmut (1988): *Sozialgeschichte des Aufwachsens. Bedingungen des Aufwachsens und Jugendgestalten im zwanzigsten Jahrhundert.*, Frankfurt a. M.
- Fink, Ulf (1990): *Die neue Kultur des Helfens*, München, Zürich.
- Galland, Olivier (1991): *Sociologie de la Jeunesse. L'entrée dans la vie*, Paris, Armand Colin.
- Gille, Martina y Krüger, Winfried (1998): "El interés político de los jóvenes: en el oeste ha subido, en el este ha bajado", en: *DJI-Bulletin*, número especial en castellano, pág. 3.
- Hoffmann-Lange, Ursula (comp.) (1995): *Jugend und Demokratie in Deutschland. DJI-Jugendsurvey 1*, Opladen, Leske und Budrich.
- IPOS [Institut für Praxisorientierte Sozialforschung] (1993): *Jugendliche und Junge Erwachsene in Deutschland*, Manheim.
- Inglehart, Ronald (1971): "The Silent Revolution in Europe. Intergenerational Change in Postindustrial Societies", en *American Political Science Review*, 65, págs. 991-1017.
- (1997): *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles Among Western Publics*, Princeton University Press.
- INJUVE (comp.) (1995): *La Solidaridad de la Juventud en España*, Madrid.

- INJUVE (comp.) (1993): *Informe Juventud en España 1992*, Madrid.
- INJUVE (comp.) (1996): *Informe Juventud en España 1996*, Madrid.
- CIS [Centro de Investigaciones Sociológicas] (1990): “Datos de opinión. Los jóvenes españoles”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n° 52, págs. 227-277.
- Jugendwerk der Deutschen Shell (comp.) (1997): *Jugend '97. Zukunftsperspektiven, Gesellschaftliches Engagement, Politische Orientierungen*, Opladen, Leske und Budrich.
- Kaase, Max (1979): “Jugend und Politik”, en: Reimann, H. y Reimann, H.(comps.), *Die Jugend*, Opladen, Westdeutscher Verlag.
- Kleinheinz, Thomas (1995): *Die Nichtwähler*, Opladen Westdeutscher Verlag.
- Machado-País, José; Calvão Borges, Genoveva; Pires, Leonor; Antunes, Marinho y otros (1998): *Geracões e Valores na Sociedade Portuguesa Contemporânea*, en Instituto de Ciências Sociais da Universidade de Lisboa y Secretaría de Estado da Juventude (comps.), Lisboa.
- Meulemann, Hartmut (1988): “Jugend als Lebensphase-Jugend als Wert. Über die Politisierung eines kulturgeschichtlichen Begriffs, am Beispiel der biographischen Selbstdefinition dreißigjähriger ehemaliger Gymnasiasten”, en *Zeitschrift für Pädagogik (ZfPäd.)*, vol, 34.
- Münchmeier, Richard (1990): “Was bewegt Jugend? Jugend und soziales Engagement heute”, en *Caritasverband für die Diözese Limburg, e.V. Limburg*.
- Plasser, Fritz y Ulram, Peter A. (1999): “Voting Behaviour of Austrian Youth as Newcomers to the European Union”, en CYRCE, Circle of Youth Research Cooperation in Europe e. V. (comps.): *Intercultural reconstruction: trends and challenges. European Yearbook on Youth Policy and Research*, vol. 2, Berlin, New York, de Gruyter.
- Prieto, Lacaci, Rafael (1993): *Asociacionismo, ideología y participación*, en INJUVE (comp.), 1993, Madrid.
- Ulram, Peter A. (1990): *Hegemonie und Erosion: Politische Kultur und politischer Wandel in Österreich*, Wien, Böhlau.
- Serrano, Manuel Martín (1991): *Los valores actuales de la juventud en España*, en INJUVE (comp.), Madrid.
- World Value Survey, 1990-1993, en *ICPSR*, n° 6160.

